

EL SIGUIENTE MATERIAL TIENE
DERECHOS DE AUTOR
POR LO QUE SE SUGIERE QUE EL
MISMO NO SEA REPRODUCIDO NI
USADO CON FINES DE LUCRO.
UNICAMENTE PARA FINES
EDUCATIVOS Y DE INVESTIGACION

70.36
T675
#7

UNIVERSIDAD DE SAN CARLOS DE GUATEMALA
CENTRO DE ESTUDIOS FOLKLORICOS

I N G U A T
B.I.BLIOTECA

TRADICIONES DE GUATEMALA

7

Editorial Universitaria
Guatemala, Centroamérica

1977

Apr 2005 #D524

INFORMES
DE
ESTUDIANTES

Los trabajos que se incluyen en esta sección fueron elaborados por estudiantes inscritos en el curso que sobre Folklore de Guatemala imparte el licenciado Celso A. Lara F. en la Escuela de Historia de la Universidad de San Carlos.

Con la anuencia de sus autores, el director de esta revista ha llevado a cabo la revisión y redacción final de tales textos.

CUENTOS FOLKLORICOS DE LA CIUDAD DE ESCUINTLA

Vilma Aracely Fialko

INTRODUCCION

El objetivo primordial del trabajo realizado fue recolectar cuentos folklóricos, transcribirlos —respetando las expresiones originales del narrador, en cuanto fue posible— y comentarlos según nuestros alcances. El método utilizado fue la grabación de las narraciones, a fin de garantizar la autenticidad de los “hechos”.

El tiempo dedicado al trabajo de campo se limitó a los fines de semana, en la ciudad de Escuintla. Las sesiones de grabación se llevaron a cabo en horas de la noche y sólo fueron interrumpidas con el fin de intercambiar comentarios y tomar algún refrigerio.

Mis informantes fueron don Osbaldo Alfaro y Quezada (don Baldo), y don Antonio Ramírez (Tío Chío), ambos cuenteros maravillosos. Ninguno de los dos tiene un grupo familiar establecido, motivo por el cual omito toda consideración al respecto. “Tío Chío” no tiene familiares vivos.

En el transcurso de las grabaciones se escucharán algunos ruidos debidos al intenso tráfico de vehículos que hay en el sector donde se hizo el trabajo (cerca de la carretera principal), y a otros factores: a la sirena del ferrocarril, a la música de algunas rockolas cercanas y a los

tambores y pitos de una procesión con que se conmemoraba el día de San Bartolo.

Con don Baldo no tuve ningún inconveniente para tomarle fotografías frente a la capilla de Santa Ana, donde reside. Tío Chío no aceptó se le retratara aduciendo falta de costumbre.

El material reunido consiste en lo siguiente:

NARRACIONES DE DON BALDO:

CASSETTES Nos. 1, 2 y 3 (mitad del lado 1, para este último).

1. La princesa (cuento maravilloso, con múltiples tipos y motivos).

CASSETTE No. 5.

LADO I

2. Cuento del caminante y el fresco (cuento humano y humorístico).
3. El caminante y la comida (cuento humano y de adivinanza).
4. Tío venado y tío sapo (cuento de animales).
5. Los dos hermanos (cuento humano).

LADO II

Continuación del cuento Los dos hermanos.

6. Cuento de los dos compadres y el perro mielero (cuento humano).
7. La historia de un señor rico (muerto) (cuento de encantamiento).

NARRACIONES DE TIO CHIO:

CASSETTE No. 3 (mitad del lado 1).

LADO II

8. Cuento del valiente Ricardo.
9. Un chiste sobre un bolito.
10. La historia del hijo dilapidador.
11. La historia del hijo arrepentido.
12. Cuento de las tres costureras (cuento maravilloso).

CASSETTE No. 4.

LADO I

Continuación del Cuento de las tres costureras.

13. Cuentos de los cien amigos de Francia (cuento maravilloso).

LADO II

Continuación del Cuento de los cien amigos de Francia.

14. Una adivinanza con explicación (relatos de fórmula).
15. Adivinanza con explicación.
16. Adivinanza (relato de fórmula).
17. Cuentos de la Flor del Aguilar.

(Fueron transcritas las narraciones correspondientes a los números 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 10 y 12).



Don Baldo en sus tareas cotidianas como guardián de la cofradía de Santa Ana, ciudad de Escuintla. (Fotografía: Mauro Calanchina).

El caminante y el fresco

(Cuento humano y humorístico)

Informante: *Osbaldo Alfaro y Quezada*.

Fecha de investigación: 6 de noviembre de 1976. Ciudad de Escuintla.

Cassette: No. 5, Lado 1.

Dice que este señor caminante, iba en un camino y va de andar y va de andar y no encontraba ni una sola casa, hasta que al fin vido él, que salía un humito, y dijo: ¡Ay, carámba! , ojalá, allá, allá, riba haya una casita porque me muero de la sé (sed), y iba desmayado con la garganta bien seca; pero camina y camina que llega hasta arriba y estando allí, en la casita a un lado del camino y dijo:

— ¡Ave María!

— Conselliya, —respondieron. — ¡Ay mijito!

— Buenas tardes señor, —le dijo el patojito

— Mirá mijito, y ¿estás solo?

— ¿Yo, señor? —le dijo el patojito (el chirís).

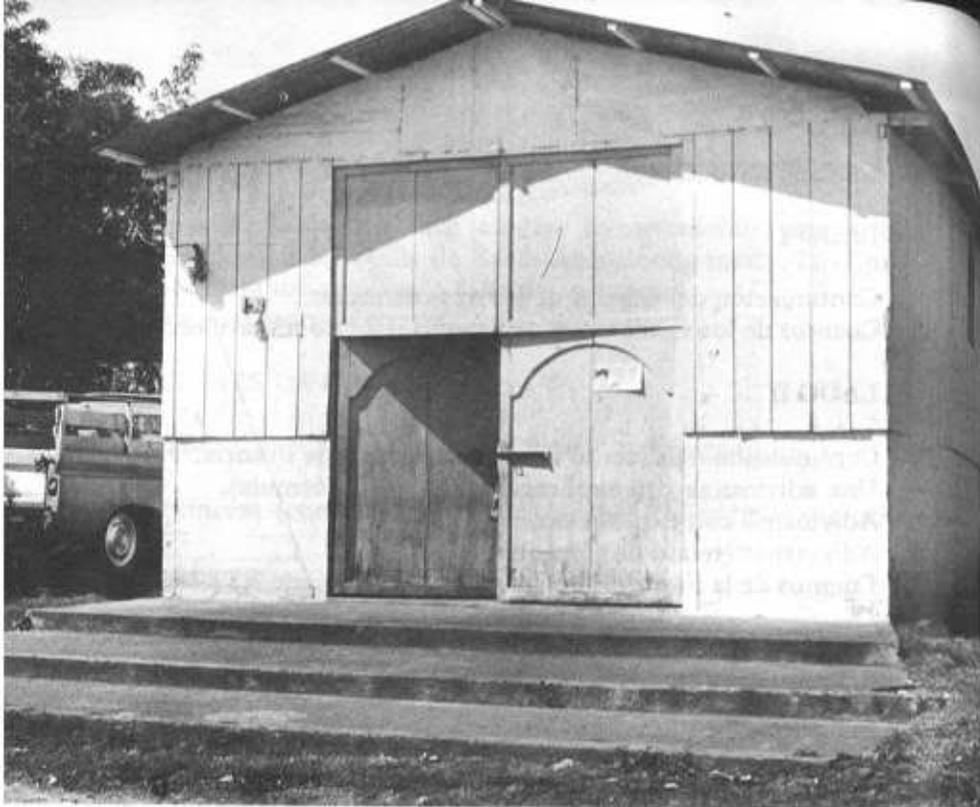
— mirá mijito, ¿y con quién estás aquí?

— Ahorita solo yo, pero acá estoy con mi nanita, pero ahorita ella no está. Se fue al pueblo a hacer un mandado.

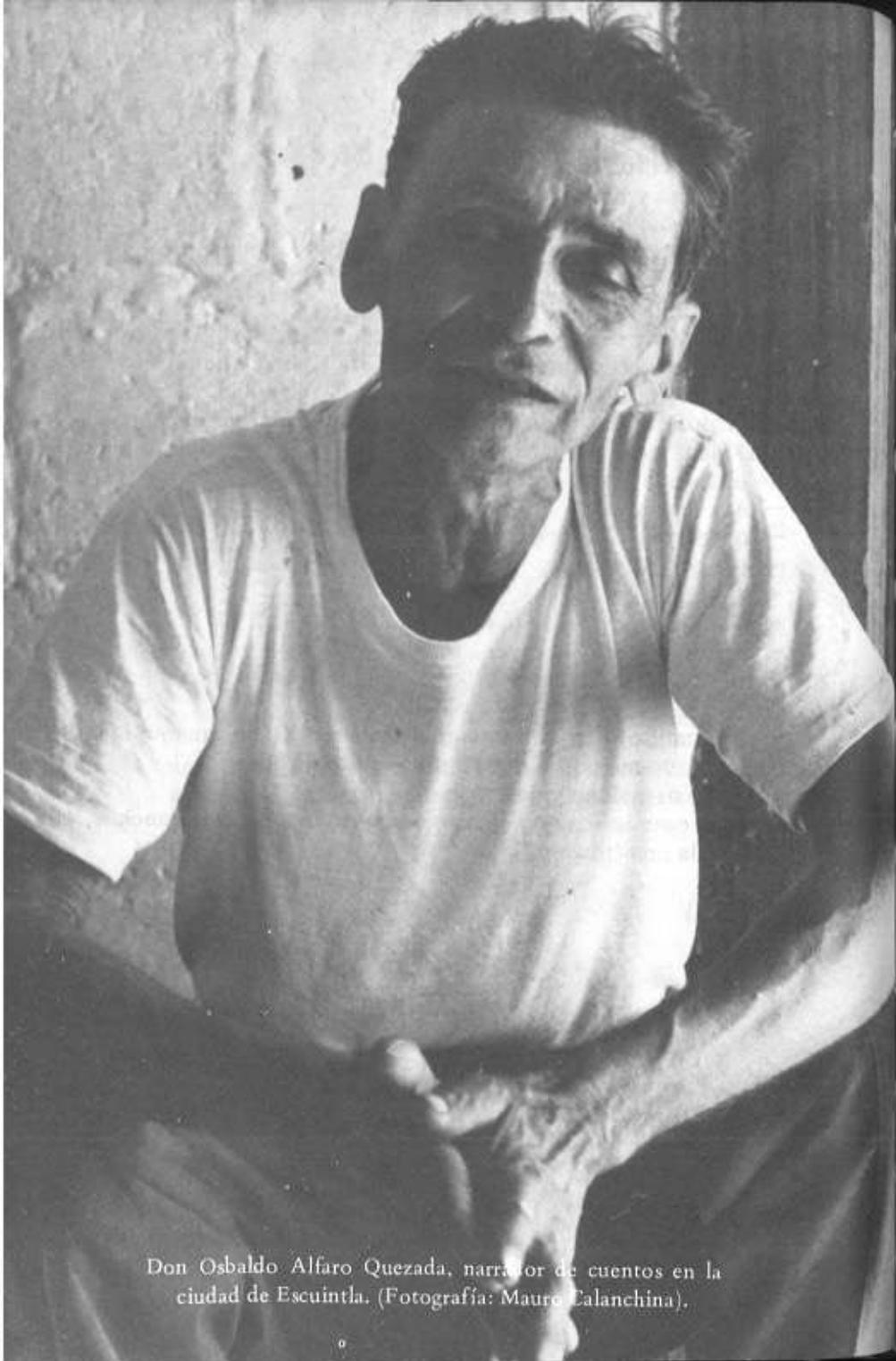
— ¡Ay mijito! —y tira una gran maleta— Ya no aguanto la sed, y ya me ahogo, no me podés regalar un poquito de agua.

— Apoye su maleta y descanse.

Y dejó caer la maleta, y bajo una horqueta de tres ganchos, allí estaba sentada una tinajona.



Iglesia de la cofradía de Santa Ana, ciudad de Escuintla, donde don Osbaldo Alfaro suele narrar sus cuentos. (Fotografía Mauro Calanchina).



Don Osbaldo Alfaro Quezada, narrador de cuentos en la ciudad de Escuintla. (Fotografía: Mauro Calanchina).

—Aquí está señor —le dijo— y le dá el fresco.

—Y entonces le dijo el patojito:

—¿Y ya no quiere más seños? , ¿y ya no quiere más seños? ,

—Ay sí mijito.

—como no seños.

Y se va a la tinajona, y le echa otra guacalada y. . .

—Tucún, tucún, tucún. . .

Y se termina ese guacal.

—¿Y ya no quiere más seños? —dice el patojito.

—Ay mijito sí. —Ahí está seños.

Y se la acaba y luego otra guacalada y tres más. . . tucún, tucún, tucún.

—Y. . . ya no quiere más seños?

—Ay mijito a mí me dá pena.

—¿Y porqué seños?

—Sabés porqué —tal vez tu-nanita tiene ese fresco para hacer unos sus medicitos con la gente que pasa por aquí.

—No, no, no señor no tenga pena, si yo le doy es porque cuando pasa alguna persona yo veo que mi nanita les dá fresco

—Y si es así, regaláme otro poquito.

Y le dice el patojito:

—Como no señor y ya con esta eran cuatro más y tucún, tucún, tucún.

—Se lo toma—.

—¿Y ya no quiere más señor? —dice el patojito.

—¡Ay mijito regalame regaláme, mi otro poquito pués.

—Y como no señor. Y otra guacalada y . . tucún. tucún, tucún, y se lo toma. Y:

—¿Ya no quiere más señor?

—¡Ay mijito mirá, estaría bien pero yo me voy con una gran pena, que cuando venga tu mamá, tu nanita, te vaya a regañar o pegar. Y:

—No señor no tenga pena, si yo le doy fresco es porque cuando yo veo que pasa alguna persona ella les da fresco.

—¡Ay si es así regaláme otro poquito pués, y. . . tucún, tucún, tucún. . . y otros dos o tres guacales. Y;

—¿Ya no quiere más señor? , y ¿ya no quiere más señor?

—Ahora sí ya nó, le dijo— porque me voy con una gran pena.

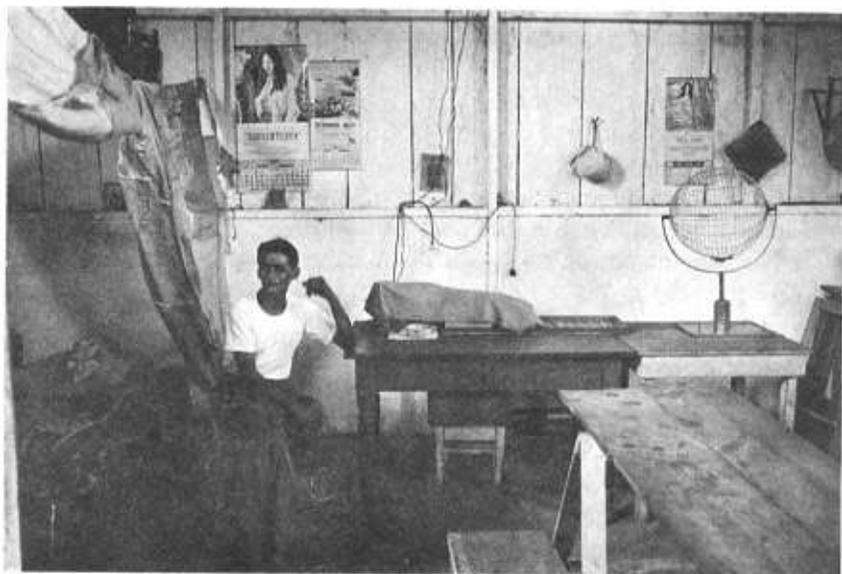
—¿Y porqué será señor? , le dijo el patojito.

—Porque de donde venga tu nanita, a saber que te va a decir, porque va a ver la tinaja de fresco bien vacía.

—Pero no tenga pena señor, si yo le doy ese fresco es porque ese fresco ya no lo queremos. Allí, le caen guillos, ayacanes, cucarachas, ratones y de todos los animales.

—¡Ay patojo, de cien mil puercas!, e hizo viaje a quebrar la tinaja. Y:

—Cuiyayo, cuiyayo, cuiyayo, señor, porque por el fresco no me dice nada mi nanita, pero por el guacal, sí, porque es donde ella se mella por las noches. Y se metió el patojito las manos y se fue a limpiarla y la embrocó debajo de la cama.



Don Osbaldo Alfaro en su lugar de trabajo y descanso. Ciudad de Escuintla, Guatemala.
(Fotografía: Mauro Calanchina).

NOTA: (Este cuento lo aprendió don Baldo, hace muchos años, de un amigo suyo llamado Juan Morataya, en la aldea de El Rajuelo, Villa Canales).

El caminante y la comida.

(Cuento humano, humorístico y de adivinanza).

Informante: *Osbaldo Alfaro y Quezada*.

Fecha de investigación: 6 de noviembre de 1976. Ciudad de Escuintla.
Cassette No. 5, Lado 1.

Este era otro señor que iba en camino, con su maleta con su ropita toda hecha un costal; pero este señor ya tenía dos días y medio de no comer, y entonces ¡Caramba! dice que dijo: ¡ya no!, sentía desmayarse, y... ¡ya no!, al fin como Dios lo ayudó, allegó a una casa, y estaba una señora y una su hijona, muy galana la muchachona.

—Ave María, ¡Ay! Ave María, dice que le dijo él en la puerta.

—concellilla señor.

—¡Ay señorita Buenas Tardes!

—Buenas tardes señor.

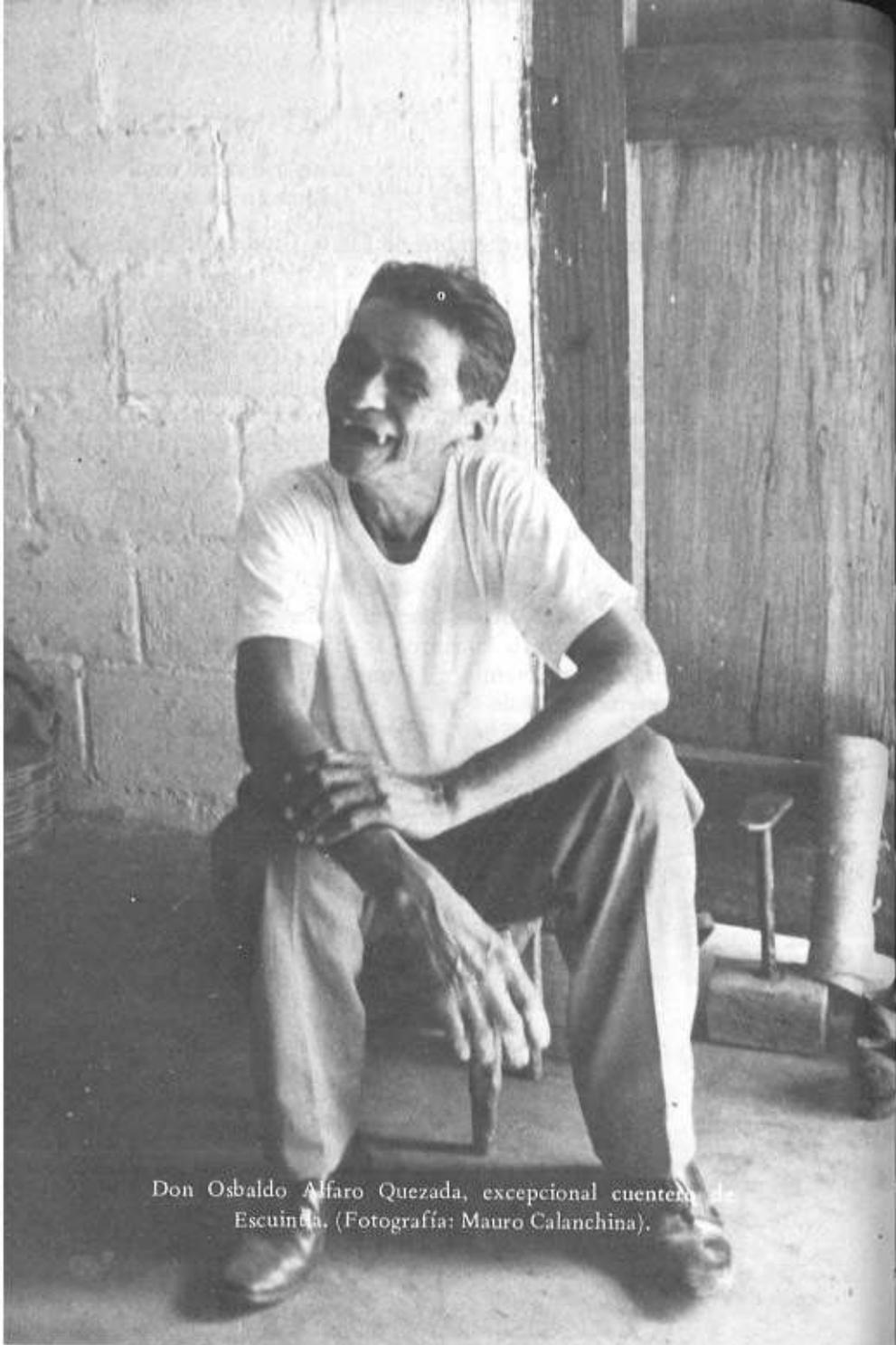
—Ay señorita dispense no me quisiera hacer el favor de venderme algo de qué comer, que no aguanto el hambre, ya caigo.

—Me espera un momentito, dice que le dijo la señorita—, y se fue para adentro a avisarle a su mamá, —¡mamá! allí viene un señor que quiere ver si le vendemos algo de comida. ¡Ah!, decile si quiere esto o si quiere el otro, porque aquí estamos pobrememente, y el pueblo está algo retirado; y así pués se fué —Mire señor dice que le dijo quiere que le demos tal cosa, porque otra cosa no tenemos aquí—.

—Lo que me haga el favor señorita— apeó la maleta y se sentó.

Y se fueron luego pués y dijo —le voy a hacer unos huevitos por allí, y más en fin lo que pudimos, y le servimos— yyyyy, dice aquel





Don Osbaldo Alfaro Quezada, excepcional cuentista de Escuintla. (Fotografía: Mauro Calanchina).

hombre a comer y a comer y a comer, pero la señorita, acarreándole por allí, tortillas, y más en fin; y dice aquel hombre pues hasta que se llenó, y cuando se lleno, dijo —al tiempo que andaba la señorita por allí adentro —porque le sirvieron en una mesa veá— dice que dijo: ¡Gracias a Dios, gracias a Dios! que ya maté al que me mataba, pero me faltó el compañero.

Y entonces cuando oyó esto la muchacha ¡pás! se fue a la cocina y se fué a darle parte a la mamá.

—¡Mamá, mamá! , viera —qué hija—viera lo que ha dicho el señor.

Y hasta aquí pues no había pagado, véa, no le habían cobrado.

—¡Mamá, já, viera lo que ha dicho el señor, fijese que dijo que gracias a Dios ya había matado al que lo mataba pero que le faltaba el compañero—. ¡Huy, huy! —dice que dijo la señora, y quién será ese compañero—. Ay no mamá dice que le dijo la hija, hay que ir a dar parte porque este hombre puede hacer alguna cosa aquí, o mas en fin— dice que le dijo— así que hay que ir a dar parte al juzgado.

—Mirá hija —dice la mamá— andáte y corré, a dar parte a la policía.

Y pero él no oyó, y fue la señora a la cocina y le dijo algo en voz baja veá y por otra puerta a la cocina, salió la muchacha veá, yyy dice a pues, volada, a dar parte al pueblo de lo que el señor había dicho, las palabras que el señor había dicho; y la señora se quedó por allí, volándole ojo, y llegaba a entretenerlo y mas en fin, veá, a platicar con él, para entretenerlo.

Cuando en eso allegó la señorita con el juez y dice — ¡Ay! señor, con la policía ¡Ay señor! vengo a esto y esto y esto, pues fíjese, —dice que le dijo— a la casa ha pasado un señor a pedir almuerzo y ora que acabó de almorzar dijo —que gracias a Dios que ya había matado al que lo mataba, pero que le faltaba el compañero— y yó he venido a dar parte, porque yo no se que pueda hacer este señor y quien es este compañero que le falta—, así es que yo vengo a dar parte, y quiero señor que manden a una gente que lo vengán a traer, que vayan a averiguar.

Así es que a ver señor agente —dice que le dijo— váyase aquí con la señorita se va a ir a traer un señor a la casa de ésta señorita —y se fueron con el agente—.

—Y allí estaba sentado el señor, pues ya tenía, dos días de no comer y allí comió hasta que se llenó—. Y entonces allegó la muchacha con el agente y dice que le dijo —A ver señor si tiene la bondad de

acompañarme — ¡Yo! yó, dice que le dijo, yó y porqué caramba, si yo no he hecho nada, pero en fin, el que nada debe, nada teme, y se alzó su maleta y dijo —A ver señora si van a tener la bondad de dejar cerrado aquí, y se van las dos ustedes también porque van a ir a declarar allá— y cerraron la puerta y caminaron ellas también. Cuando llegó el agente con el señor a la policía —dice que le dijo—. Aquí está el señor. —Ah, bien pasen adelante—. A ver señor— dice que le dijo el señor juez—. Que dijo usted en la casa de esta señora, cuales fueron las palabras que dijo. —No he dicho nada malo yo— dice que le dijo—. —Como nó dice que le dijo el juez—. Cuáles fueron las palabras que dijo — ¡Ah! fijese, imagínese señor juez, yo tenía, ya llevaba dos días de no comer y cuando llegué a la casa de estas señoras, yo entré a ver si tenían alguna cosa que me vendieran, y me sirvieron. ¡Maté el hambre, y cuando acabé de comer, como ya estaba yo sustento dije: Gracias a Dios que ya había matado a quien me mataba que era el hambre, pero que me faltaba el compañero.

—Y ese compañero quien era.

—El qué tomar que no me pusieron.

—Carámba ese es.

—Sipués.

—Francamente dijo el juez, mató al que lo mataba que era el hambre pero el compañero era el que tomar que no le pusieron.

—A ver dijo el juez, váyase que no debe nada. Y usted señora y su hija inmediatamente se me van, antes de que las vaya a meter la cárcel a ustedes por venir a molestar la autoridad por gusto. Y usted señor —váyase. Total que el señor alzó su maleta. ¡Muchas gracias señor! , agarró camino y no les pagó a las mujeres.

NOTA: "Este cuento se lo aprendí a este amigo que me contó este cuento del patojito del fresco, Juan Morataya, De Villacanales. Finquero de la finca del Lic. Darío Molina, en Sabana Grande, arriba de Brito".

Tío venado y Tío sapo

(Cuento de animales).

Informante: *Osbaldo Alfaro y Quezada*.

Fecha de investigación: 6 de noviembre de 1976. Ciudad de Escuintla. Cassette No. 5, Lado 1.

Resulta que tío venado, veá, se juntaron con tío sapo, en el monte, tío venado iba por la vereda que tenía en el monte, en su (guatal), y entonces le dijo: — ¡Qué tal tío sapo!, —Aquí hombre— respondió el sapo —Y usted que tal, tío venado—. Aquí tío sapo —a vaya— Mire, dijo tío venado, ya hacía días que quería hablar con usted—.

—Ajá, respondió el sapo —que quiere usted conmigo.

—Mire quiero que hagamos una apuesta, a ver quien corre más.

—Ahhh, usted porque es grande, y usted con un brinco que pegue avanza dos o tres brazadas, pero no, en la carrera yo gano, le apuesto que gano la carrera.

—Já quee, dijo el venado, en fin, mire tío sapo, quedemos para tal día a tales horas.

—Bueno.

—Pero ahora me va a enseñar donde va a ser la carrera —Está bueno le dijo tío venado. Venga le dijo y se lo llevó. Aquí vamos a empezar, mire, le dijo, y le enseñó, y pusieron una seña, yyy se fueron por el caminito que tenía el venado entre el guamil, entre el monte y le dijo, mire, por aquí vamos a pasar, por aquí vamos a pasar, hasta que llegaron al final; a donde debían llegar —Aquí vamos a llegar mire— le

dijo el venado— ta bueno, ¡eee!, a qué horas vamos a romper la carrera, pregunta el sapo.

—A tales horas.

—Ta bueno, muy bien, ái lo espero.

Y se despidieron y se fueron.

Entonces tío sapo, veá, se jué pues, y para el guacatal— ¡Ey Muchá, ey muchá! —empezó a llamar a todos, veá, —O, O, Ué!, y vengan acá, se juntaron todos— Muchá yo tengo una apuesta, una carrera contra el venado quiero que me ayuden —ta bueno— respondieron los demás sapos.

—Eee, le ganamos al tío venado.

—¿Y eso?

—¡Ahh! nos lo repartimos entre todos, pero ái se portan a la altura.

—Bueno. No hay pena.

—Eeee, vení acá vos, dice tío sapo, y los juntó pues, va, vengánse, aquí te quedás vos, cuando venga Tío Venado, y diga: está listo Tío sapo, entonces le contestás vos: YA, —ta bueno responde—.

Y cuando el diga, a la una, a las dos y a las tres, ¡Páass! , vas a arrancar la carrera, y vos aquí te quedás, vos no te vas a mover de aquí; más delante voy a poner el otro; mirá, dice que le dijo, cuando venga tío venado quebrándose la cara allí entre los bejucos, vá a decir: Corra tío sapo porque lo dejo, —adelante estoy— le decís vos. Bueno, le respondió.

Y dejándolo aí, adelante el otro sapo, le dijo: —Mirá vos, cuando venga tío Venado y diga —Cooorra tío sapo porque lo dejo— Adelante estooy— le contestás vos.

Y así, los fue dejando a todos, y más delante el otro, hasta que de último se fue a poner él, hasta el final de la carrera. Y todos los sapos, en línea a toda la orilla del camino, cuando allegó tío venado al principio de la carrera, le dijo.

—Listo tío sapo.

—Sí, dice que le dijo, veá.

—Listo en la carrera pues. —Bueno— respondió el sapo.

Entonces dijo tío venado: a la una, a las dos y a las tres; ¡Páááas, dice tío venado. . . pinguín, pinguín, pinguín, yeaáá, brincos; y el tío sapo allí, se quedó. Eeeee, dice tío venado, corra tío sapo porque lo dejo —adelante estoy— dice que le contestó el otro sapo. (Risas del narrador). Yyy, entonces: por la gran chucha, dice que dijo el venado,

adelante va tío sapo, yyy, yó con ser tan canillón y grande y que avanzo bastante, y el patas cutas y adelante vá.

—Y más adelante va y —corra tío sapo porque lo dejo —adelante voy— dice que le dijo el otro sapo.

—Ahhh, por la gran puerca, dijo, y diiice, metiendole tupido— no puede ser eso que adelante vaya tío sapo de mí; y dice yá, pero allí iba tío venado con la lengua de fuera y echando baberío y con buena sé (sed).

—Corra tío sapo porque le gano. Adelante estoy— le contestó el otro—.

—Yyyy, delante vá tío sapo, y diiice amigos, ah, y cuando llegó al final, dice que dijo: Cooooorra tío sapo porque ya le gané.

—Qué tiempos estoy aquí, dice que le contestó el sapo—, ni cansado estoy.

Y el venado que se veía tan bien asofocado que se encontraba. Y le ganó la carrera.

NOTA: (Este cuento lo aprendió el informante en Villacanales, con Juan Morataya, hace mucho tiempo.

Los dos hermanos.

(Cuento humano). Tipo: 612. Motivos: F-342*. F-341B**.

Informante: *Osbaldo Alfaro y Quezada*.

Fecha de investigación: 6 de noviembre de 1976. Ciudad de Escuintla, Cassette No. 5, Lado 1 y principio del 2.

Estos eran dos hermanos, hijos de una señora ancianita, y la señora cuando murió, (por supuesto de que uno de ellos era activo y era aventado, veá; y el otro era algo falto de sentido y como algo mudón, veá).

Y cuando murió la señora veá, le dijo al hijo más activo, mirá hijo mío, de lo que queda, del terreno que queda y lo del ganado, ya sabés lo que le tenés que dár a tu hermanito la mitad, es de los dos.

—Ah, está bueno mamaíta, no tenga pena, no tenga pena, yo tengo que ver por mi hermanito.

Porque el hermano, el otro era asiguambado y todo, entonces; y el activo tenía su mujer, su señora; y el otro pobrecito no tenía nada, apués, cuando se murió la señora dice que dijo al más activo:

—Lo ayudó por ahí unos días y mas en fin, pero le daba mal trato. Y cuando aquel vido que le daba mal trato, se apartó por ahí, el solito, y por allá la fué pasando; entonces aquel veá, no le dio nada, ni una vaca, ni una cuarta de terreno, ni nada. Entonces dice que dijo él, ay mirá, ái te voy a dar un ranchito por hay, para que aí te apartés solo vos, y ya no lo quiso tener allí. Ah, pero él, buena hacienda y todo, y aquel, desganado y más en fin, vino aquel pobrecito, y se apartó por allá



Don Antonio Ramírez, tío Chfo, a los dieciocho años (1920), cuando aprendió los cuentos que hoy narra. (Reproducción de una fotografía de 1920).

solito, pero si, cuando murió la señora, y se fue el mudito a fijar dónde la habían sepultado, y entonces como ya no tenía ni postas, solo era pellejito y ahí con los huesos. Vino aquel y como el vido que no le habían dado nada, entonces una noche agarró una cutacha, un azadón, y se fue a sacar a la viejita al cementerio donde la habían enterrado, entonces, va y como el ya vía estado allí, porque, Ahh, él era un gran patrón, y más en fin con campana ahí pa llamar a los mozos y todo vé, y ya se vía fijado por qué puerta salía a orinar él todas las noches. El patrón según el, verdá, entonces dijo; —pero lo voy a fregar, no me quiere dar nada, pero lo voy a fregar, entonces se fue, a deshoras de la noche a sacar a la viejita y se la llevó a tuto, veá, y se la fue a dejar solo recostadita medio recostadita, como si fuera chicharroncito, la pobre viejecita, solo media detenidita, la fue a poner en la puerta. Cuando en la noche le dijo él a su mujer, ay hombrée, me voy a levantar a orinar, salió, y como de todas maneras la viejita tenía que estar helada, helada, él que abre la puerta, y ¡pún! , le cae en los pies, y ¡Ay!, ¡Ay! , sale corriendo, pa el rancho y dice —un bulto me ha caído hombre, y en eso— Tan, tan, tan, la campana, llamando a los mozos. Ay tocá la campana, y llamó a los mozos y qué será eso. Y el se fué todo tembloroso, y dice que dijo, y dirés que nana es la que está ahí; nana es la que está ahí en la puerta.

—Y agora dice que le dijo, y no la fuimos a sepultar al cementerio, pués y que viene a hacer. Tan, Tan, Tan, la campana, y. . . patrón ¿qué le pasa?

—Ah y que debía de pasar, y no dirán que allí está nana, en la puerta cuando yo me levanto a orinar. ¡Ay! y inmediatamente vayan a llamar a mi hermano y se jueron pués.

—¡Fulano! —Y él como que no era con él, ahí acostado. Porque él la fué a dejar y se regresó a acostar otra vez haciéndose el que estaba bien dormido. Cuando ton, ton, ton, la puerta.

—Fulano, levántate, te quiere ver tu hermano.

—Ah, y que querá, pué. Qué querá aquel conmigo. Que friega, él es rico es el patrón, yo soy pobrecito, pero en fin, ya voy a ir; y se levantó.

—Y qué te pasa pué ó. Dice que le dijo.

—Ay hermano, allí está nana, y no te acordás que la fuimos a enterrar al cementerio y qué estará haciendo aquí.

—Aaaah, ella será pué. Y la fué a ver— Aaah, ella es pues ó, mirá pues, y qué pena será la que tiene nana, que viene a buscar —dice que le dijo—.

—Aaah, mirá hombre, sabés por qué está padeciendo nana, porque ella dijo que el terreno que quedaba y las vaquitas, el ganado, me tenías que dar a mí y no me habís dado nada, eso es lo que está sufriendo.

—Ay hermanito, que no quede por eso, andá, llevátela, andá enterrala y mañana venís por una tu vaquita;

—Está bueno pués, no tengás pena, ay la voir a enterrar. Yo como no tengo miedo.

Total que se la llevó otra vez, por allá había un cerco y tenía chaparrales allí; allí la fué a meter a la viejita, para que pasara el día allí, enganchada en unos bejucos. Y allí no pasaba ninguno, y como estaba metida en un chaparro. Y al otro día en la noche, otra vez, a dejársela allí medio detenidita. A la noche levantáte, hermano, muy sin pena a orinar, ya no te caye nada, hermanito, ya no vá a estar nanita aquí.

—Ah está bien hermanito, enterrala bien que no se salga.

—No tengás pena, pero hay me das mi vaquita.

—No tengás pena, ahí venís mañana por ella.

Al otro día:

—Aquí vengo por mi vaquita, pués mano.

—Está bueno pués, —delen una vaca a mi hermano. Y así se llevó la primera vaca.

Otro día, fue a traerse a la viejita, a dejársela otra vez, en la noche. —Aquel que se levanta, cuando ¡Pun! le cae la viejita otra vez y ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! , y dice para adentro montándose sobre la mujer allí, y a todo esto ya con resfríos.

—¡Mirá vos allí está nana otra vez —dice que le dijo— habrás de creer que allí está nana otra vez. Pero qué es lo que quiere nana, si aquel la fué a enterrar bien se volvió, pero ¿qué es lo que quiere? Y otra vez... Tan, tan, tan; al llegar: pero qué es lo que quiere patrón?

—Ay pero qué es lo que había de pasar, que allí está nana, yo no se que es lo que quiere nana. Vaya alguno a llamar a mi hermano. Y lo fueron a llamar:

—Oye, hombré, levántate porque ahí te llama tu hermano.

—Ah, aquel si que la friega, y qué será lo que quiere conmigo. Ah ahí está nana pué. Seguro que allí está sufriendo porque aquel, solo una vaquita me ha dado.

Total que en ese afan le sacó no se cuántas vacas; pero no tenía dónde tenerlas, de último, toavilla siguió poniéndosela y poniéndose; aquel hombre ya con fríos y buenas calenturas y. . .

—Ah, mirá saber en qué penas está nana, que vaquitas si me diste, pero un pedacito de terreno no me lo habís dado.

—Ah, que no quede por eso, ái te voy a dar unas cuantas manzanas para que metas tus vacas.

Cabalmente pués le dio un pedazo de terreno. Pero como el ya estaba trasnochado, de ir noche a noche a ponérsela, y de caerle la viejita, en los piés, porque él se levantaba descalzo; helado, helado le caía la viejita en los piés y partía para la cama, pasando sobre la mujer para ir a tener hasta el rincón, atrás.

Ya cuando le había sacado varias vacas para llevarlas al terreno y como él ya estaba también trasnochado, dijo: ahora ya no voy a enterrar a mi nana, aquel ya me dio vacas, ya me dio terreno, así que la voy a ir a enterrar pero, ora voy a dormir, ay la voy a enterrar cuando haya dormido unas dos noches; y por allí tenía un potrero, con un galán caballo pero donde topaba el terreno de él, allí era lindero de otro terreno, de otra finca, veá, entonces vio un chaparral, y dijo: aquí voy a dejar a nana, mañana la voy a enterrar o a ver que hago con ella. Pero yo voy a dormir. Al otro día, le agarró el sueño, cuando llega el patrón y le dijo ¡Ah no! en eso venía uno, en eso venía uno por toda la orilla del cerco, cuando vió un bulto: la viejita con los ojos buenos allí. Y el otro asustado dice que qué podrá ser lo que está allí, si será el diablo —y aquel esqueletío allí— pero cuando vio que no se movía, se fue; y el patrón tenía un hermoso caballo y era manso, y de paso que era garañón el caballo, pero como era manso, lo agarró y con un bejuco agarrando el caballo enganchó a la viejita del pelo, y la lió bien con bejucos que no se fuera a caer y soltó el caballo entre el monte, entonces como estaba bien agarrada la viejita. Entonces el patrón le dice: al otro día.

—Oh, tú ve a traerme mi caballo, porque voy a ir a tal parte.

Cuando el criado vá a buscar el caballo, con la viejita y . . . ¡por la gran puerca! el diablo anda montado sobre el caballo del patrón, y agarrando para la finca dice: patrón, patrón! fíjese que no le traje el caballo porque en su caballo anda montado el diablo. Y qué si la viejita andaba allí bien agarrada del caballo, y donde andaba el caballo ella se hacía así (ademanos de desequilibrio), veá, y entonces; ¡Cómo va a ser eso dice el patrón, que el diablo ande montado en mi caballo! ¡Caramba! anda anda a la iglesia a llamar al cura, que venga a conjurar ese bulto, que traiga todas sus cosas benditas, cómo va a ser eso que el diablo ande montado en mi caballo, y se fueron a darle parte al cura y . . .

—Oh, caramba —dice el cura— cómo no, hay que ir, ¿y está lejos? Sí.

Y entonces el cura tenía una su yegüita algo sequita vea, pachita, y cuando le dice al sacristán: Oh, vé a traer mi yegüita, ensillame mi yegüita, vamos a ir a ver un bulto que anda montando un caballo, allí del patrón, —y se la llevó ensillada— Vé lleva todas las cosas, dijo el cura.

Y se fueron yendo pués, cuando fueron entrando al potrero.

—Dónde está el caballo —dice el cura.

—A saber donde está, pero como habían unos chaparrales, unos palos así copados, entonces, se fueron metiendo y se fueron metiendo entre el potrero, y cuando sintieron bajo una sombra que había bajo un palo, así estaba el caballo con la viejita; y cuando el caballo olfateó a la yegüita ¡sale amigos! y cuando va mirando el padre que así se hacía la viejita:

—Oh —dice el padre.

Y cuando el caballo olfateó a la yegüita del cura, se le fué y dice YYYYY (relincho), y el padre, taloneando a la yegüita, pero el caballo se montó, y poniéndole sobre los hombros los cascos al padre, y éste exclamando:

—¡Oh, te confundo animal, te confundo animal, te confundo animal!

Mas el salió de rispa porque el caballo pegándole de cascos al padre aquí sobre los pulmones.

NOTA: (Este cuento lo aprendió don Baldo, hace muchos años, de su difunto padre, originario de Villacanales).

Los dos compadres y el perro mielero.

(Cuento humano).

Informante: *Osbaldo Alfaro y Quezada*.

Fecha de investigación: 6 de noviembre de 1976. Ciudad de Escuintla.

Cassette No. 5; Lado 2.

Un compadre tenía un su perro que decía era bueno para el monte, rebuenísimo. Entonces el otro compadre dice que le dijo un día a su mujer:

—Ah, hombré, ya me aburrí de estar comiendo solo tortilla con sal, con frijolitos por ahí. Mirá, —le dijo— ya me aburrí, yo voy a ir donde el compadre a ver si quiere hacer un día de campo, allá a la montaña, tal vez encontramos un animal.

—Ah, pues andá, a ver si Dios los socorre con algo.

Y se fué:

—¡Compadrito, Buenos días!

—¡Ah, que tal compadre, hasta cuando te acordás de mí!

—Pues si compadre, mire yo vengo a ver si no tiene voluntad de que vayamos a dar una vuelta a la montaña, allá al monte. Pues yo se que tiene un perro bueno.

—Ah sí con ese perro —le dijo— con ese perro si que vale la pena ir, ya va a ver.

—A bueno.

Y se fueron; y con poco andar ya entrada la montaña, y vonós pues compadre; ya entrada la montaña, ni señas del perro;



—Ya ve, pues, compadre, ya el perro ya se fué a buscar —dijo. Y tenga cuidado porque ya vá a avisar, ya vá a latir. Cuando ellos iban platicando, al ratito; ya estaba el perro ¡con, con, con, con, con, con!, allí entre la montaña.

—¡Compadre, apúrese, corra, oiga ya el perro está latiendo y está algo fácil.

Yyyy, dice el compadre, llevándose con la cara las ramazones y quebrándose el bejuquero con el pecho, dice y cuando allegó el compadre dice:

—Antes de que vaya a dejar de latir el perro, porque si no ya no damos dónde es.

Y dice el compadre, cuando allegó: el perro sentado mirando para arriba, qué si un CONGO era el que estaba avejeando, eran chorros de avejas, y por eso es que el perro estaba sentado latiendo ¡con, con, con! Y va llegando el compadre y dice: ¡Compadre mire es congo, saquémoslo y comemos miel! y entonces se pusieron a sacar el congo y comieron miel.

—Sigamos andando —dice que le dijo—.

Y por allá nada del perro otra vez.

—Compadre, ya el perro ya se volvió a ir, ya va a ver como es de listo, ya va a latir, otra vez, listos.

Habían caminado un poquito cuando:

Talne, talne, talne, talne, ¡compadre, otra vez, apúrese! y está cerca; y dice el compadre quebrándose la cara entre las ramazones y los bejuqueros, cayéndose, parando las patas, y se levantaba y cuando llega el chucho mirando el talnete, que estaba avejeando, saliendo las avejas (como eso se da entre la tierra), saliendo las avejas dentre el hoyito, la tronerita.

—¡Compadre ésto fue talnete!, le dijo.

Total que animales de monte no hallaba el perro, veá, ¡Compadre ahora, es talnete! y está cerca, saquémoslo, —le dijo— y se ponen a escarbar y escarbar, y sacaron la comalada de miel, y vá miel, y va miel.

Total que comieron miel, en eso, ya por allá, ya que sacaron.

—Compadre sigamos caminando, y siguieron caminando. Por allá habían caminado otro tanto más, cuando el perro: ¡colme, colme, colme, colme, colme, colme, colme, colme! allá entre la montaña.

—¡Compadre, corra, apúrese, oiga, el perro está latiendo! y dice el compadre, ya el compadre sin ganas de correr, ya cansado, pero qué cuando va llegando.

—Compadre, mire, ahora es colmena, —dice que le dijo— saquémoslo compadre aquí hay miel; total que se dieron una comida de miel, dice.

Legítimo mielero era el perro, pero animales de monte, no hallaba sino solo miel; pero:

—Saquémos la colmena compadre, porque no se puede quedar.

Entonces vieron que ya se les hacía tarde y:

—Bueno compadre, estamos lejos de la casa, así que vonós, regresándonos ya para la casa porque nos va a entrar la noche aquí, dentro de la montaña. Pero regresaron sin un pedacito de carne, porque el perro era legítimo mielero.

Aclaración:

En un congo, la avejita se da en las ramas de los palos, donde las ramas tienen huecos, además es de color negro.

La colmena se dá en árboles grandes donde hay grandes ramas que están huecas por dentro, allí se prenden las colmenas, en los hoyos.

El talnete, sale entre la tierra, y allí hace su campamento él, y allí está la casa y hay talnetes como de cinco metros, donde se dá la comalada de miel. La avejita es negra.

La tronerita es chiquitía.

NOTA: (Este cuento lo aprendió el informante de su amigo Juan Morataya).

La historia de un señor rico y el muerto.

(Cuento de encantamiento).

Informante: Osbaldo Alfaro y Quezada.

Fecha de la investigación: 6 de noviembre de 1976. Ciudad de Escuintla.

Cassette No. 5, Lado 2.

Resulta que éste era un patrón, que allegaban muchos a pedirle trabajo, y él les decía a todo el que iba llegando, que cómo no, que había trabajo, pero él, allí abajo, vía de una como "joya" así en bajo, allí tenía la gran hacienda, pero ya no vivía allí. Arriba, vía hecho otra hacienda nueva y allí vivía. Entonces allegaban a pedir trabajo y más en fin, y los mandaba a dormir a esa hacienda, de abajo porque no había ranchos ni nada. Le decían los trabajadores, le decían:

—Patrón, y cómo hacemos para la alimentación.

—¡Ay! —respondía— ya vamos a ver como se las arreglamos; pero...

—¿Y para la dormida?

—Ah para la dormida, está una hacienda allá abajo, allí pueden dormir tranquilos.

—Está bien.

Pero en eso en el tiempo que el existía todo estaba bien. En eso de repente el administrador o mayordomo de campo, no sé qué era, empezó con la esposa del rico, a enamorársela por allí, y a hacerse de mucha confianza. En eso le dijo ella, que podían entrar en una amistad,



verdadera, pero solamente que el tuviera valor de tronarse al esposo. Ah pues vino él y un día le dijo el administrador.

—Patrón, mire allá abajo en la hacienda, pasa esto y esto, quiero que usted vaya a ver, quiero que vaya a darse cuenta.

Y se fueron los dos. Y qué si a matarlo iba allá abajo, y como era con consentimiento de la patrona, de la señora, a pues lo fué a matar y no hicieron ni escándalo ni nada; lo que hicieron fue llevarlo a enterrar. Bueno después, pasaron los mozos así por temporadas, verdá, y pidiendo trabajo, entonces; como nó, hay trabajo.

—Y dónde vamos a dormir.

—Pues van a dormir en una hacienda que está allá abajo.

Pero, allí había —era una haciendona amigos, bien, tenía muchos cuartos con llave, y sólo el patrón sabía dónde tenía el gran manojito de llaves, y el administrador como era algo nuevón, no se daba cuenta, y qué si cuando mató al patrón, sólo él sabía donde tenía las llaves en esa hacienda vieja, qué si allí tenía la gran cantidad de roperos, pero topados de dinero, y sólo él se daba cuenta. Entonces cuando llegaban mozos así a pedirle trabajo, pues los mandaba a dormir allí, cuando allí, en el entradero, había una como sala; allí, se pueden quedar —decía— no tengan pena. —Y allí se quedaban.

Cuando en eso iba entrando la noche, y aquellos va de estar platicando por allí, pero la hacienda era grande, la haciendona, pero el punto era algo feo, verdá, y ah todo el que se iba a quedar allí quedaba muerto, amanecía muerto el otro día. El espíritu se los ganaba.

Ah, pues de repente, llegaron dos buscando trabajo, y . . .

—Mire, tienen trabajo aquí.

—Claro, que trabajo quieren hacer ustedes.

—Pues el trabajo que nos den, y como hacemos para la alimentación.

—Pues ya vamos a ver como se las arreglamos, le vamos a decir a la sirvienta que les dé su alimentación.

—¿Y para dormir?

—Allí está una hacienda abajo, ahí van a ir a dormir noche a noche;

Cuando de repente esos dos fueron a ver y . . . le dijo uno al otro.

—Vos, yo no duermo aquí. Somos amigos y somos compañeros, pero yo no duermo.

—Y qué vas a hacer.

—Já por allá me voy a ir a quedar, en aquel basurero y entre los chivos en aquella galerita como que es caballeriza, allí voy a dormir.

—Ah, vos tan inútil, sos cobarde vos, porqué no querés dormir aquí, sino que vas a ir a dormir en el basurero, hasta un animal te puede picar y aquí mirá.

—Já, pero no soy tu papo, yo no duermo aquí —dice que le dijo—.

—Aaah, vos si que qué cobarde sos, yo si me quedo aquí, hayá si te querés quedar por allá, pues quedate.

Y se fue a quedar aquél por allá, y aquel se quedó allí, solito, aquello oscuro oscuró, cuando de las once y media para las doce de la noche, empezó a tronar aquello; y aquel, recostado allí, su maleta con su machetío a la par, él pensando en el trabajo y a ver si ganaban algo, ahí hay noches en que uno se acuesta pensando veá; en eso. . .

—¡Ay, ay! a, ay, oyó el allá arriba, y todo aquello oscuro, oscuro, pero como era hombre que tenía su valor —el que se había ido a quedar allí—.

Ya la patrona y el administrador que se había quedado con ella, ya sabían que todo el que se iba a quedar allí, no amanecía vivo, pero. . .

¡Ay, ay, ay!, , oyó allá arriba—. Ay ya caigo, ay ya caigo, ay ya caigo, ay ya caigo.

—Caé luego pues —le dijo— era valorudo.

Ya ya caigo, ya caigo, ya ya caigo, ya caigoooo. —Caé luego pues, le dijo.

—Que querés, si querés algo caé luego. Entonces.:

CHACAS, chacás, oyó él como que fué regada de huesos y en la pura oscuridad, cerca de donde él estaba recostado. . . Chacás, hay, hay;

—Ya caíste, le dijo, qué querés, en que penas andás, y entonces:

—Mirá, le dijo —tenés tu valorcito.

—Ai platicame a ver que es lo que querés, explicate, si te puedo servir pues con mucho gusto.

Y empezó a contarle el espíritu del mero dueño, le dijo: mirá, a mi me ha mi mujer me mandó a quitar la vida, por juntarse, por quedarse viviendo con el administrador. Pero mirá, si vos tenés valor y cumplís con lo que yo te pido vos sós el dueño de todo aquí, de todo lo que hay.

—Ah pues echate a volar, le dijo, yo estoy para servirte. Explicate. Solito aquel con el espíritu en la pura oscuridad.

—Já yo hago lo que vos me mandés.

—Mirá, así como ese me mató a mí, quiero que vos lo matéis a él, aquí te dejo mi pistola, y mirá, si lo haces, vos sos el dueño de todo

aquí, nada más que me tenés que mandar a hacer unas cuantas misas, para que yó pueda descansar en paz y ya no molestar, pero vos sos el dueño de todo si me cumplís.

—Está bueno, no tengás pena.

—Vení pues —le dijo— y lo agarró de la manga con la mano helada, helada en la oscuridad, plas, le quitaba llave a la puerta y abrió un armario, mirá, meté la mano aquí, tentá aquí, y aquel metió las manos y aquel dineral aperchado. Mirá todo esto es dinero —dice que le dijo— mirá aquí abajo, mirá aquí arriba, tentá; y aquel tentaba y aquel dineral. —Todo esto será tuyo, pero me cumplís—.

—Está bueno —respondió— no tengás pena. Y aquel pero re contento veá;

Ya echó llave y dijo: Mirá venite, seguime, a otra puerta en otro cuarto. —Mirá, le dijo— tras, mirá aquí hay otro poquito; y vaaa, todo el dineral pués, solo billetadas, amarrados allí. —Este es dinero y será tuyo, solo si haces lo que te ordeno.

—Está bueno, le dijo— no tengás pena, yá me voy a tronar a ese gran tal por cual. Y le entregó las llaves— Tené, aquí están las llaves— le dijo el espíritu.

—Ah entoces aquel le dijo— no tengás pena tal día te voy a mandar a decir la primera misa, y tal día otra y otra y en fin te voy a mandar a decir todas las misas que querrás, y santos en paz, y no tengás pena, yo te cumplo.

Y así se retiró el espíritu.

Y aquel amaneció desvelado y se fue saliendo para arriba; y aquel cuando lo vio le dijo:

—Putá, vos, ya te levantaste.

—Vos tan cobarde que sós, tan pura lata, ve que compañero más arrecho.

Y los patrones decidieron que iban a tener que mandarlos a enterrar, pero malhaya, cuando le dijo la patrona al esposo.

—Mirá, tú, aquellos han de haber amanecido muertos porque allí no amanece ningún vivo.

—Ah, hay que ver le dijo— cuando venía aquel para arriba; y el patrón dijo:

—Ve allí viene uno para arriba— era el que se había quedado en la hacienda; pero aquel no llevaba la pistolona visible, veá, sino en una su chaquetía vieja o costalito, —yo no sé que era— la llevaba envuelta, porque hasta la pistola le entregó, ahí le hizo entrega de todó el patrón, allí si que por tinta y papel.

Y entonces allegaron con el patrón:

—Ya se levantaron muchachos.

—Ya patrón,

—Caramba, como ustedes amanecieron; todo el que se queda allí no amanece vivo, amanece muerto.

—Bueno podemos ver dónde nos dan desayuno —dijeron— y a ver qué trabajo nos van a dar.

—Ah, está bueno, respondió— como nó. Y se los llevó a que les dieran desayuno y después del desayuno a enseñarles el trabajo. Otro día, el mismo que tenía orden de tronarse al patrón; dió un puntito por donde se incomodara el patrón, en el trabajo, y se enojó el patrón y le dijo:

—Bueno ustedes les dijo, ayer vinieron y no se qué y no se cuánto, y que aquí y allá, y que esto y el otro.

—Pues mire, dice que dijo el otro, y allí tenía el cuetón, nosotros no hemos venido a que usted quiera ser padre de nosotros, y usted estará acostumbrado —por allá a solas veá— a fregar a cuanto pobre ha venido a pedir trabajo como nosotros, pero aquí si que ha topado el mundo, así es que aquí se acaba todo patrón, usted será muy patrón, pero de aquí en adelante no va a ser usted el que va a mandar, sino yó! y PAN, PAN, dos chufazos le metió. Así, pero yá sobre la llama; y el otro compañero:

—Ay vos que no se qué, que no se cuántos. —Calláte cobarde, ya viste, mirá vení vé, vieras, ya viste, yo, ahora yó, soy millonario, y esa vieja que está en la hacienda ahora me tiene que querer a mí, si nó, me la vuelo también, ahora tiene que quedar bajo mis órdenes y bajo mi mando y si nó, me la trueno a ella también —dice que le dijo—.

—Pero vos, como podés.

—Como que qué, le dijo— vos de cobarde no te fuiste a quedar a la hacienda conmigo, tuviste miedo, pero vos, ahora yo soy millonario, vení ver ái te voy a enseñar; ahora sabés que, como yo soy el dueño de todo, buscá una tu mujer y te apartás a vivir vos, ahora que ya no pasa nada aquí, ya todo está arreglado, ya me arreglé con el mero dueño, ái te voy a dar unas tus manzanas de terreno y unas tus vacas, pero buscá una tu mujer y te ponés a trabajar por tu parte. Si yó fuera otro no te daba nada pero como hemos sido compañeros de andar juntos, ái te voy a dar.

Lo ayudó y le dio dinero.

—Ay vos, le dijo— que alegre, y todo ésto es tuyo.

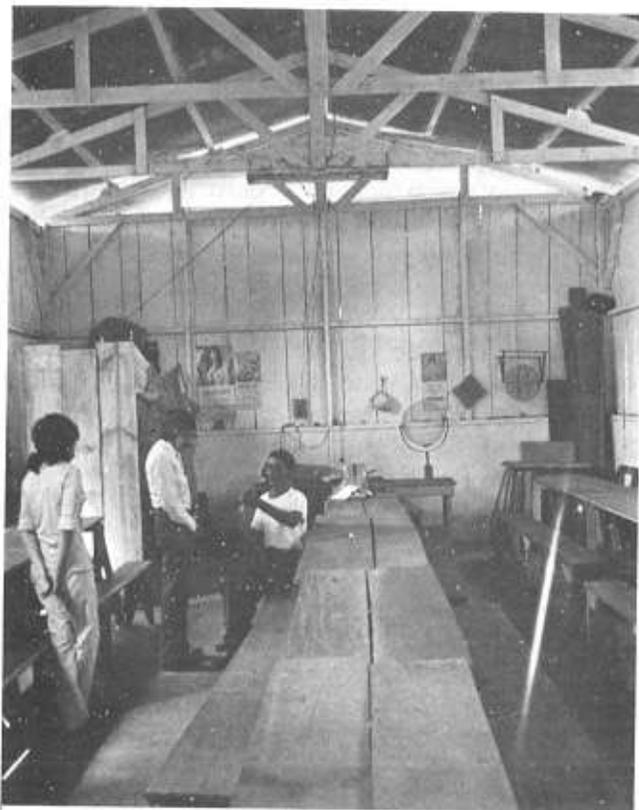
—Sí, todo es mío.

—Y como hiciste.

—Pues como había de hacer, yo hablé con el muerto, y a mí me dejó todo, por eso hice lo que hice.

—Vos por la gran chucha, ya te vide que tenés tu valor, ay vos, hay me das algo.

—No tengás pena, hay te voy a dar unas tus vacas y unas tus manzanas de terreno para que vos, podás trabajar. Hay te apartás y pero te buscas una tu mujer.



Don Baldo, cuentero de Escuintla, narrando sus cuentos a investigadores del Centro de Estudios Folklóricos.
(Fotografía: Mauro Calanchina).

El valiente Ricardo.

Informante: Antonio Ramírez (Tío Chío).

Fecha de la investigación: 27 de noviembre de 1976. Ciudad de Escuintla.

Cassette No. 3, Lados 1 y 2.

Este era un rey que tenía una reina, tuvieron gemelitos y llegó una mujer de esas que saben qué sino hay en cada criatura.

—Mi real majestad —le dijo— entre su par de gemelos que tuvo, hay uno que tendrá que ponerle AFORTUNADO y al otro FATAL. Afortunado, será afortunado, hasta los veinte años; y de los tres niños la reina no quería al pobre Fatal; entonces le dijo al rey:

—Vé a quien regalas ese niño, sacá un decreto que la persona que lo recoja se le dán un cierto dinero para que lo cuide.

Sacó un decreto el rey, y lo dio a una de esas personas pobres y lo fue a recoger y se llevó al pobre Fatal. Ya tendría unos dos meses el pobre Fatal, cuando la esposa le dijo al esposo:

—Vé, yo no quiero a ese niño. Mirá que hacés con él; porque no lo vas a dejar a la montaña, y una fiera que se lo coma.

—Ay no pobrecito— contestó.

—Al cabo ni hijo de nosotros es, andá dejalo.

Vino aquel hombre y envuelta la criatura la agarró y la fue a dejar a la montaña, vio una cueva que había y lo dejó en la cueva; para que al llegar la fiera se lo comiera. Y era una pantera que acababa de parir, estaba criando; cuando llegó la pantera en lugar de comérselo, con el





Don Antonio Ramírez (Tío Chío) cuentero de Escuintla. (Fotografía: Mauro Calanchina).

hocico lo metió para adentro, de la cueva, como tenía cachorritos, entonces estuvo alimentándolo a él y a su cachorrito; y ya queriéndose parar, ya anduvo por donde quiera el nene; y siempre la leona les llevaba que comer; pero como ya a la edad de unos cuatro años el nene y el cachorro ya grande se iba con la nana a la montaña y el pobre nene se quedaba solito; cuando un día vino el nene y se fue detrás de ellos, cuando en eso andaba un tirador, vino y le tiró a la leona, después la leona y el cachorro en carrera, pero el niño no podía correr: vino el tirador y lo fue a agarrar, y como no tenía niños llegó con su esposa feliz:

—Nuestro señor, nos ha dado un niño andaba aquí en la montaña.

—Ahora sí lo vamos a llevar a la iglesia que nombre le pondremos?

—Le vamos a poner Ricardo.

Bueno, este niño fue creciendo, le pusieron Ricardo, pero desde que este niño llegó, hortalizas y todo se le fueron escasiando:

—Mirá este niño, desde que recogimos este niño, nos llegó la desgracia así es que lo vamos a tener que corretear; y corretearon al pobre niño y se fue a otra casa y vinieron los señores y lo recogieron y todo, en eso que las hortalizas y todo lo del señor, iban para atrás, y para atrás y para atrás; desde que este niño... ¿como te llamas?

—Ricardo—.

—Pues te vas Ricardo —y lo corretearon.

Tendría la edad de unos ocho años, verdá, entonces el rey sacó un decreto de que el que tuviera un niño parecido al de él, le daban recompensa.

—Mirá, yo he visto al hijo del rey, y se parece a este Ricardo, vamos de algo nos sirve el dinero, al caso que ni hijo de nosotros es, el vino aquí solo; y se lo llevaron al rey:

—Aquí traemos un niño. Y el rey les tomó fotografía a los dos. Idénticos, idénticos, iguales, y vaya, quiera que no el Fatal, era fortachón y criado con leche veá, y cualquier otra cosa veá, le pegaba al hijo del rey, su mero hermano veá. Y dijo el hijo del rey:

—Mire papá corretee a ese patojo, porque yo no lo quiero más, ni quiero que vaya a la escuela.

—Está bien—. Y corretearon al pobre patojo. Y bueno ya tenía como nueve años. Y se fué a otra casa donde lo querían mucho, y la pobre señora le agarró mucho cariño, no quería dejarlo; en eso viene y le daba de todo, pero lo mismo todo se le iba perdiendo y dificultando, entonces no lo corretearon sino le dijo:

—Mirá mijo, te vas a ir porque a nosotros se nos acabó todo, no tenemos... .

—Ta, bueno no tengan pena.

Y ya como de unos diez años, se fue a otra casa y allí si los señores, veá, no tenían hijos pero tenían casa, tenían animales, hortalizas y todo.

—Allí la señora, bueno, allí si lo quería la señora, el señor le decía:

—Mirá, nos estamos quedando pobres, y yo me he fijado en ese patojo —a eso ya tenía unos catorce años— por qué no lo correteamos.

—Ay no, —dijo— pobrecito, pobrecito.

Vendió las alhajas la señora, vendieron las casas, quedarse pobres, y él viendo— Ay no, dijo, yo me voy con todo mi dolor de mi corazón.

—Pues te tenés que ir, pues, mirá.

—Sí, tienen razón; algún día conseguiré trabajo y les voy a corresponder. A todo de andar andando va para otra ciudad veá, ya como a unos dieciséis años entró a una casa de unos ricos veá, la

empleadas no lo querían, le pegaban, lo que querían hacían con él, lo mandaban a pastorear chivos, se le perdían los chivos, en fin que averías, y él ya tenía como dieciseis o diecisiete, pero ya un muchacho regular veá; dijo él.

No hay remedio, lo mejor es que me meta al cuartel y se metió al cuartel, pero de la otra nación, no de la nación donde había nacido; y así fue que de soldado le fueron tomando cariño, pero siempre la suerte fue que le pegaban, y el aguantaba, todo veá. Y la princesa la hija del rey estaba algo enfermona, grave. Y entonces, el rey mandó un decreto de que el que diera la sangre (porque entonces los doctores tenían que buscar sangre real, para como se llama darle a aquella muchacha para que no se muriera), a la princesa. Entonces vino valiente Ricardo y le dijo a la doncella:

—¿Mi sangre mía, no podrá?, porque como era fortachón y entonces el doctor vino y... —vamos a ver tu sangre, dijo— y compararon la sangre y qué si era sangre real. Entonces vinieron los doctores y le sacaban sangre que lo dejaban casi muerto veá, la primera vez, y se lo transmitían a la princesa, volvía otra vez en sí, y a las tres veces que le sacaban sangre la muchacha se compuso; se puso galanota, volvió a la vida, porque ya estaba muerta; y bien siempre lo ponían de centinela, y simpático, queee, si era príncipe, pués; cuando en eso la princesa estaba admirándolo y dijo:

—Ese soldado allí, que simpático es, le dijo a la doncella.

—Si mi princesa, fue quien le salvó la vida, tres veces lo dejaron casi muerto por darle su sangre.

—Vé, lastima que sea un simple soldado.

A todo esto ya tenía como unos sus diecinueve años, vea, y yá la suerte era un poco más favorable para él, pues ya le tenían más cariño y todo.

Entonces vino Afortunado y le escribió una carta al rey pidiéndole la mano de la princesa, pero como el rey sabía lo pícaro que era; entonces el rey le contestó que ni por un pienso le daba la mano de su hija; entonces vino Afortunado y de cólera le declaró la guerra; entonces vino valiente Ricardo que así le pusieron porque no tenía miedo, y se llevaba sus batallones y siempre con sus soldados era muy amable y bueno; pero como siempre el tenía su suerte en contra, sus soldados se los mataban y se los mataban, y el de reculada, y de reculada y siempre perdía, faltarían unos ocho días, el pobre para ajustar los veinte años, los dos verdad, cuando Afortunado lo agarra prisionero al pobre Fatal.

—Papá, le dijo— he agarrado al más valiente de los soldados del rey, que le llaman el Valiente Ricardo, lo tengo prisionero, y con él voy a celebrar mis veinte años, ya verás padre, le dijo. No sabía que era su hermano.

—Tu lo sabes hijo, le respondió, tu eres el rey, porque ya le había dado la... verdá.

Y paaas, los soldados estaban tristes. Y les preguntó la princesa que pasaba y le respondieron:

¡Agarraron al valiente Ricardo! y sólo faltan unos cuatro días para que lo maten, para que lo fusilen porque lo tiene Afortunado. Y una noche, salió a caballo la muchacha, y todos los soldados tristes, y...

—¡Vuela al viento soldados! —les dijo— que piensan libertar al valiente Ricardo, o morir, si nos dá las órdenes mi reina, o mi rey, nosotros o libertamos al valiente Ricardo, o morimos, pero nosotros nos vamos a la guerra.

—Pues vayan— les dijo la princesa— pues ella ya lo quería, ya la había conquistado. Y dicen los soldados pues, y como ya iba a favor, ya los soldados de Afortunado, para atras y para atrás, y para atrás y para atrás, y los soldados para adentro; y la reina les mandaba luego a decir que echaran bala, y casualmente como a las cuatro de la mañana, y mataron a Afortunado y el papá y la mamá la reina, fueron a sacar luego a Fatal, y la mujer que le había dicho el... dijo:

—Mi reina, mi reina, no llore, usted llora por su hijo.

—Sí.

—Pero aquí está su otro hijo —le dijo— el era Afortunado de veinte años como se llamó, hoy fue Fatal porque lo mataron. Mientras éste, sufrió veinte años fatales, pero ahora es Afortunado. Pero es su hijo, y como eran como una gota de agua, y ya convencidos verdá, se vino el padre a abrazarlo y la mamá y perdóname hijo—, todavía lo querían ellos, porque como era la suerte de que era Afortunado. Y los soldados cuando vieron aquella alegría de que era príncipe, veá, yyyy, regresan los batallones y ¡Mi princesa! ¡Mi princesa!, el valiente Ricardo es príncipe, el valiente Ricardo es Príncipe, los soldados diciendo por todo el palacio.

—Cómo dicen que el valiente Ricardo es príncipe.

—Sí, y ya se quedó en el palacio con su papá.

Entonces el rey le mandó una carta, cuando se acabó la guerra, que si le daba la mano de su hija para el valiente Ricardo. Y le contestó que ni dos veces le hablaba, que ya le fuera a caer, que se casarían al

momento. Y a todo ésto la princesa feliz, porque lo quería, y se casaron y llegaron al palacio. Se casaron y todo, entonces le dijo a ella:

—Yo tengo que favorecer a varias personas y traerme a un par —que eran aquellas que habían vendido todo, que no querían que se fuera, que se habían quedado en la calle, los últimos—, y traerme el par, que yo los quiero como si fueran mis padres, que se gastaron todo y se quedaron sin nada, y auxiliar a los otros. Bueno pués, agarraron su carretela, y se fueron con todo y llegaron primero con el que le habían dado, veá, y estaban sentados en una sillita:

—Buenos días —les dijo— no se acuerdan de mí?

—No mi señor que no se qué al mirar a la reina,

—Yo soy aquel, fulano de tal que los dejó en la calle, así y asá, y vengo a corresponderles; y les empezó a contar todo lo que ellos habían, veá, y les dejó una buena casa, y dinero más de la recompensa. Y se fué con el otro que le bía veá, ya de último ya se habían quedado pobrecitos, pobres, veá, con ni un solo centavo, los dos señores ancianos, sentados en una piedra, en una piedrita sentados, cuando se quedaron viendo aquella carretela y. . .

—Mirá tú, mirá, ese es rey que viene —le dijo.

—Qué vendrá a hacer aquí.

Y el ya fue bajándose y corre a abrazar a la señora y al señor lo abrazó, y deai ¿ya no se acuerdan de mí?

—No tenemos el honor ¿quien es usted?

—Yo soy Ricardo. Aquel que solían mentar el valiente Ricardo.

—Si.

—Estuve en la guerra, he ganado la guerra. Pues sí, y lo abrazó.

—Y ahora mismo, —y le metió fuego a todo lo que tenían, veá, nos vamos y se los llevaron al palacio. Y allí veá, vivieron muy felices en el palacio con los señores que fueron como sus padres.

NOTA: (Este cuento lo aprendió el informante del coronel Julián Ponciano, hace más de treinta años, en la ciudad de Escuintla)

La historia del hijo derrochador.

Informante: Antonio Ramírez (Tío Chío).

Fecha de la investigación: 27 de noviembre de 1976. Ciudad de Escuintla.

Cassette No. 3, Lado 2.

Este era un señor que tenía un su hijo, él tenía dos fincas y como tres casas. Este muchacho dio en chupar mucho, en tomar. Entonces el padre lo que hizo fue hacer una casita, muy chula la casa, veá, y como el mismo padre hizo la casa, e hizo un "tabanco" y en el "tabanco" metió mucho dinero arriba, bien hecho el "tabanco", con una argolla; de tal manera que al colgarse una persona tenía que venirse el dinero entonces:

—Vení aca hijo, dijo— yo sé que al morir yo, vas a terminar con todo, con tus amistades, todo, pero si te suplico que éste cuarto, ésta casita no la vayas a vender, esto no lo vendas, y cuando te cansés aquí te dejo esta argolla y este lazo para que te ahorqués. Y el hijo se hincó y le dijo: lo juro padre. Y casualmente murió el señor. Y empezó a gastar todo, a vender la finca, perder sus amistades, va de chupar; y todos, don Juan aquí, don Juan allá, porque Juan se llamaba; y casualmente que terminó con todo. Y fue a pedir trabajo a una finca, casualmente la que era de su papá. Y un amigo le dijo:

—Mirá Juan, no te dá lástima, ahora trabajás de mozo.

—No, ya me dí gusto y mi padre esta sufriendo, pero desde hoy, ya no tomaré un trago y lo cumplo.



Y le dieron trabajo allí. Había un muchacho y una muchacha y la mamá, esta muchacha le lavaba su ropita, él ya con caites, veá, el con un cuartito, su camita, veá, todo chueco todo, veá, ya no tenía más que un cofrecito viejo; la muchacha le daba su comida, ella lo regañaba; el muchacho les enseñó a leer y escribir, él un muchacho estudiado veá; en el monte le dicen.

—No te dá tristeza.

—No, no me dá tristeza, pues gocé bastante, por qué me va a dar tristeza ahora trabajar.

Y un día el muchacho después de tanto trabajar, de tanto sufrir:

—Mirá, le dijo— mañana quiero una cosa.

—El qué.

—Mañana nos vamos a levantar a las cinco de la mañana, hay llegás con eso me vas a despertar.

Pero el motivo era que iba a dejar la puerta abierta para que se fijara que el se había ahorcado. Por supuesto que en una mesita que tenía, había dejado escrito, veá, que no lo castigaran a él, y que la casita era para quien viviera en ella, y que él era el que se había ahorcado. Bonita la casita y todo; pues él vino y como a las doce de la noche, dijo:

—Voy a cumplir con el mandamiento de mi padre, ya sufrí, mucho, me voy con él; se hincó con unos sus santitos, se puso a rezar y puso una silla. Cumpliré —dijo— y ya como a las cuatro de la mañana se metió el lazo pues, con los pies tiró la silla con la carta y al colgarse cayó aquel gran dineral que era más de lo que había vendido, entonces se puso él a llorar, amargamente; hincado:

—No padre, te juro que tu dinero no lo malgastaré; ya cuando aquel hombre, que llegó:

—Ya es hora —le dijo— levántate.

—Entrá, y botá, todos esos costales viejos.

Y aquel sin adivinar lo del dineral. —Y ahora nos vamos a trabajar.

—No que trabajar, a cuenta de qué, ahora nos vamos a los almacenes a comprar ropa, para mí, para vos, calzado, pero que cayendo, para tu hermana, para la señora,—que lo mantenía y todo— ya trajeado y bien plantado, ya era Don Juan, y entonces salieron otra vez las amistades y:

—¡Adiós Juan!

—Já, adiós te dice el sombrero —respondía.

—¡Adiós Juanito!

—Já, adiós te dicen zapatos.

Don Antonio Ramírez, notable cuentero de la ciudad de Escuintla. (Fotografía: Mauro Calanchina).

Porque en aquel tiempo, queeee, y cuando le decían adiós, él respondía:

—Adiós camisa. Porque por la ropa todos le decían don Juan; pero en aquel tiempo ninguno lo saludaba, ninguno le decía nada, en eso llegó con el primero de la finca y:

—Deái Juan que pasa.

—Já conque nada, vengo a ver si me vende la finca.

—Con mucho gusto, mandáme el dinero. . .

(CONTINUA UNA PARTE INCOMPRESIBLE).

(Echále bendiciones a tu padre y ¡Cuidadó vas a tomar otra vez!

—No, ya nó, dijo.

—Pues la finca ahí está tuya, y-La, la, la la campana, yyyyyyy, van los mozos. Vengo a representar al dueño de la finca. Juan ¡Ahhhh!, dicen todos a bailar, como lo querían, porque él era muy bueno, a todos les daba leche y todos los mozos veá, todos felices que: Don Juan. Y ya se fue con el otro. Lo mismo le vendió luego, la otra finca, y compró las casas veá, las mismas casitas para reponer lo que el padre bía dado; así que todo le dijo:

—Vos vas a ser mi segundo mío, vos sos administrador general.

—Pero.

—Nada de eso, vos no te vas al campo; y hoy me caso con tu hermana, y como ella bien pobre había sufrido mucho, remendado, pues para compensarla se casó con ella. Y a la señora también. Y ya fue el parrandón, veá, pero no invitó a los. . . sino sólo gente de las fincas. Y allí vivieron muy felices.

NOTA: (Según Jon Chío, una historia puede ser aún más cierta que un cuento. El informante aprendió esta narración del señor Julián Ponciano).

Las tres costureras.

(Cuento maravilloso).

Informante: Antonio Ramírez (Tío Chío).

Fecha de la investigación: 27 de noviembre de 1976, en la ciudad de Escuintla.

Cassette No. 3, Lados 2 y No. 4, Lado 1.

Este era un príncipe que era soltero y que siempre le gustaba pasear por dondequiera; una vez en una esquina estaban tres costureras que estaban locas platicando; y el príncipe estaba parado en la esquina; y entonces una de ellas dijo:

—Ah yo con qué ganas me casaba con el cocinero del rey.

—para qué —le dice la otra.

—para comer bastante comida.

—Já, le dice la segunda, yo no. Yo me casaría con el pastelero del rey.

—Para queé le dicen.

—Para comer bastantes pasteles.

Qué tontas son ustedes, dice la más pequeña, pues yo mejor me casaría con el rey.

Quedaron platicando ellas cuando el príncipe se fue; otro día tuvieron ellas una llamada, una cita a las tres. Las pobres se pusieron apenadas porque no sabían para qué las llamaba el rey.

—Estoy a su llamado— le dijeron al rey.

—Pasen adelante señoritas, les dijo el rey.



Y pasaron adelante las tres y:

—Las he mandado llamar porque una de las tres dijo que se casaría con mi cocinero.

—No mi rey, como va a ser eso.

—Yo no sé tú te casas con mi cocinero —mandó llamar al cocinero para entregarle la esposa.

—Tú dijiste que te casabas con mi pastelero.

—No mi real majestad— dijo.

—Como no, lo mandó a llamar y se la entregó.

Entonces la más pequeña estaba tan afligida y apenada, veá y le dijo:

—Tú dijiste que te casabas conmigo y nos casamos.

—No mi real majestad —le dijo— cómo voy yo a merecer un rey como usted yo que soy una pobre costurera.

—Nos casamos. Y se casaron. Se fueron las tres a vivir al palacio.

En la ocasión resultó enferma y no estando el rey en la casa tuvo a luz un niño, ante lo cual aquellas hermanas envidiosas, le colocaron un perrito en lugar del niño, y aquel niño lo dejaron ir en una toma, en una canasta; cuando el rey llegó le entregaron diciéndole que había tenido un perro, aquel niño se fue en la canasta, había unos ancianos que estaban en un jardín y eran solitos los ancianos no tenían hijos, no tenían nada, y este anciano siempre tenía el cuidado de levantarse temprano a regar las flores y cuando ve aquella hermosa canasta que iba en la corriente, pues viene el anciano y va viendo aquella hermosa canasta y adentro un hermoso niño, y lo sacó dándole gracias a Dios que había encontrado un hijo diciéndole a su señora:

—Nuestro Señor nos ha enviado un niño, —y lo estuvieron criando.

Como al término de un año volvió a tener otro hijo la muchacha, en la ocasión que andaba de cacería el rey; y volvieron aquellas ingratas hermanas a ponerle un perro en lugar del niño, y volvieron a dejar ir otra canasta del niño; el anciano ve que va en otra canasta, y se avalanzó a la toma y tomándola canasta vio que era otro niño y le dio gracias a Dios el anciano que ya tenía el otro niño con quien jugar.

Mientras el otro comenzaba a andar, y mientras él le pedía de rodillas al cielo que le mandara una niña, para que cuidara sus hermanitos.

Ya uno tenía dos años y el otro tenía un año, cuando dio a luz una nena aquella muchacha, cuando aquellas ingratas hermanas le pusieron una perrita y en ocasión que el príncipe andaba en guerra. Cuando el

rey llegó de la guerra, le entregaron diciéndole que había tenido una perrita, tonce, dijo el rey que ya por eso no la perdonaba, y que la amarraría con cadenas al pie de una mesa, todo el tiempo hasta que muriera y el que pasara allí que hiciera el favor de tirarle una escupida, los huesos le daban de comer, peor que un perro. Los niños fueron creciendo, murieron aquellos ancianos, perecieron y se quedaron ellos de dueños de aquel hermoso jardín y del terreno, en ocasión aquellas hermanas envidiosas se noticiaron que aquellos niños vivían y entonces le pagaron a una bruja para que se encargara de haber como los hacía morir.

Llegó esa bruja diciéndoles ¡Qué hermoso jardín tienen! y aquí lo único que falta son las tres virtudes.

—Y cuáles son —pregunta el hermoso mayor.

—Es el Arbol del Dulce Encanto, el agua Cristalina y el Pájaro de Siete Colores.

—¿Y dónde podemos encontrar eso?

—En tal parte, —que era un Encanto. Ya habían llegado muchos y todos habían quedado hechos piedra. Cuando aquella señora se había ido, (la bruja), dispuso decirle a sus hermanos, el hermano mayor.

—Yo mañana me voy a traer esas cosas.

—¡No! le dijo un hermano, como nos vas a dejar solos.

—Me voy, —dijo.

Entonces le dijo, toma este espejo y veyate, en este espejo todos los días, cuando éste espejo esté empañado, es que he muerto, y agarró su caballo y se fue. En el hermoso camino se encontró un ermitaño y le dijo: —Mi buen niño, ¿a dónde va? —A tal parte, le dijo.

No niño, regrese a su casa y no deje solos a sus hermanos, porque muchos han ido y se han quedado hechos piedra, porque es un encanto el que hay allí, pero en fin. . .

—No, le dijo— me voy.

No le obedeció y se fue. Entonces vino el hermitaño y le dio todas las instrucciones que había que hacer. Le dio una bola de hilo para que lo tirara y para que se fuera detrás de la bola y entrara al Encanto. Casualmente, aquel joven penetró en el encanto y al no más penetrar oyó que le hablaban que le decían, hasta que una voz que le dijeron atrás: ¡Hay que te mato! , —y hay que volvió a ver el pobre y cayó hecho piedra él y el caballo.

Otro día vio el pobre niño el espejo, y vio que estaba empañado y se lo dio al otro hermano y dijo —mi hermano ha muerto, ya no vuelve.

Y entonces dijo el otro hermano: —donde está mi hermano, ahí, quedará yo también, así que me voy.

—No hermanito, le dijo ella. ¿Cómo me piensas dejar sola en este lugar?

No, dijo —me voy. Toma este puñal y desenváinalo todos los días y cuando caigan gotas de sangre, es que he muerto.

—Está bien, dijo.

Y montó en su caballo y se fue. Al mismo punto le salió el hermitaño a decirle las mismas palabras que le había dicho a el hermano y le dijo:

—Tu hermano ya no regresó, regresa pues tú a cuidar a tu hermana.

—Ah no, dijo —yo salvaré a mi hermano y lo traeré aquí. Casualmente le dio las mismas instrucciones, la bola de hilo pa que lo tirara, y hizo lo mismo como con el otro hermano, y fue en carrera; casualmente penetró al Encanto, pero no había andado mucho cuando oyó él que le hablaban por detrás, le decían:

—¡Bandido! , lépero, ladronote, já pero no te escapas hasta que no te matemos. Y cuando él oyó esa voz en el oído que le decía no te matemos voltió a ver y cayó hecho piedra.

Aquella hermana, desenvainó el puñal al otro día y vio que caían gotas de sangre. Mis hermanos han muerto —dijo— y ahora donde y qué haré yo; así es que quedará donde quedaron mis hermanos, y me voy. —Adiós jardín y adiós todo, —dijo—.

Montó en su caballo, se puso un pantalón de sus hermanos y se fue; al mismo lugar salió el hermitaño y dijo:

—¿A dónde va mi niña?

—Y por qué conoces que soy niña— le dijo.

—Porque lo es. Usted va en busca de sus hermanos, pero ellos ya están encantados, y usted no puede, mejor regrese aunque sea solita.

—No, dijo—. Me quedaré con mis hermanos.

Pero muy bien sabe que muchas veces las hembras tienen mucha más astucia que los hombres, y entonces vio un hermoso panal y tenía bastante cera, esa niña se bajó del caballo y agarró puños de cera a echarse en los oídos y de ahí se amarró bastantes pañuelos en las orejas, a cuestiones de que ella no pudiera oír nada de lo que le dijeran, y como así lo hizo, el hermitaño, le dio las mismas instrucciones de la bola y todo y se penetró, entonces ella tiró la bola y se fue detrás de la bola, sin perder de vista la bola, penetró en el encanto y ella también oyó las

voces que le decían ¡ladrona!, pero ella siguió hasta que llegó donde estaba el pájaro de siete colores y le dijo:

—¡Ay, te he pescado pajarito de siete colores!

—Ay bandida eres la única que me sacaste; vaya te valga, —le dijo.

Entonces todo palmó porque ella ya tenía el Encanto agarrado que era el pájaro. Entonces le dijo al pajarito.

—¿Cuál es el Arbol del Dulce Encanto?

—Agarra una ramita de ese árbol y llévatela.

—¿Cuál es el Agua Cristalina?, agarras un pichelito ahí, mueve un tanto y luego le pones un pichel, y se agarró un pichel. Entonces oyó que le dijo:

—Bueno pajarito del Dulce Encanto, ¿qué podría hacer para salvar a mis hermanos?

—Agarras un pichel de agua, de agua de aquel pozo, y le vas echando un poco a cada piedra, un chorrito, y de ahí tendrán que levantarse tus hermanos. Y entonces aquella niña empezó a echarle un chorrito a cada piedra y de allí se iban levantando, caballos, personas mujeres y de todo, y ellos dándole gracias a Dios a ella que los estaba salvando del Encanto, hasta que vio que unos así cerca, había unos. . . pero ella no miraba a sus hermanos, pero ella no dejaba piedra. En fin vio que se levantaba el primer hermano y el caballo y:

—Hermana mía— le dijo. Y después el otro.

Entonces ya se vinieron los tres. Ella en el centro con el pájaro, el otro el más grande en la mano derecha con el Arbol del Dulce Encanto el otro en la izquierda con el Agua Cristalina. Y entonces salieron del Encanto dándole gracias a Dios; llegaron a aquel lugar otra vez, y echaron un poquito de agua en aquella hermosa pila que tenían y sembraron el árbol que al otro día era un gran árbol, todas las hojitas cantaban como si fueran canarios y el agua era cristalina y el pájaro cantaba muy bonito y lo pusieron donde ellos comían y ellos obedecían todo lo que les decía el pájaro.

Un día el príncipe que le gustaba andar en cacerías y todo, andaba en el monte con su vasallo, y oyó unas voces muy alegres y le dijo a su vasallo.

—Oíste. —Sí. Hay canarios. —Sí. ¿Dónde andarán esos canarios? Averigüemos. Y mientras más iban penetrando, más escuchaban los canarios, que eran las hojitas del árbol y cuando llegaron van viendo aquel hermoso jardín, que ni él que era príncipe o rey tenía un jardín igual, y menos agua, como la de ellos, tan cristalina, y ver aquel árbol

que las hojas hasta platicaban, cantaban. En ese momento el pájaro se quedó mudo, no hablaba, no dijo nada.

El al momento vio a la muchacha y los hermanos, y al momento corrió y saludó a los hermanos, y a la muchacha la saludó también. El luego confrontó la sangre, como era su hija, verdá, y él quería demostrarle que le tenía amor y que se parecía a la esposa que él había tenido, veá, nunca pensó que fueran sus hijos. Y él algo enamorado de ella le dijo:

—Yo quiero venir el domingo a pasear y estarme aquí con ustedes y también quiero almorzar aquí con ustedes. —Como no mi real majestad —dijo— puede venir.

—Casualmente, el día domingo le dijo a su vasallo.

—Que se quedara, que él solo se iba, y compró unos hermosísimos regalos.

Más le dijo el pájaro a la muchacha cuando él se fué.

—¿Qué piensas darle de almuerzo?

—Ay pájaro del Dulce Encanto, —le dijo— nada más que tengo que matar una gallina, y componérsela.

—Nada de eso, —le dijo el pájaro— vas a hacer lo que yo te ordene:

Vas a darle tres tortas de huevo rellenas de piedra.

—Pero pajarito, cómo voy a darle eso al rey.

—Tú lo haces porque yo te lo ordeno— dijo el pájaro del Dulce Encanto.

Casualmente llegó el día domingo y la muchacha hizo las tres tortas y las relleno de piedra.

Muy temprano llegó el rey y les llevó unos hermosos regalos y a sus cuñados, (pués, él decía que eran sus cuñados). Mas aquella pobre mujer temía; porque ya uno tenía veinte años, el otro diecinueve y la muchacha tenía dieciocho. Todo ese tiempo tenía de castigo, aquella infeliz mujer, atada en las cadenas, ya era un cadáver.

En eso cuando él llegó repartió los regalos muy contento. Se llegó la hora del almuerzo, el pájaro en ese momento se quedó mudo; él si miró al pájaro precioso, ondulado, pero no hablaba; él sí creyó que era un pájaro cualquiera verdá, que fuera un pájaro encantado y que supiera todo lo que él era. Entonces, le dijo la muchacha:

—Mi real majestad, se puede servir.

—Como nó; agarra el tenedor y el cuchillo y se encuentra al partir que tenía piedras adentro.

¡Caramba!, dijo. Entonces agarra otra torta y él hizo lo mismo y ve que eran piedras. —¡Cómo piensan burlarse de mí! —Entonces

probó la otra torta y era lo mismo. Entonces se puso furioso y dijo:

—Cómo pensáis que a un rey, ¡Bandidos!, le déis esto de comer.

Entonces le dijo el pájaro allá arriba:

—El bandido eres tú, porque tenés padeciendo aquella pobre mujer encadenada por lengua de tus cuñadas. Mas estos pobres niños, hijos han padecido, aquí tenéis a tus tres hijos, aquí tenéis al lado derecho, el primer perro que te pusieron cuando andabas en guerra, aquí tenéis el segundo cuando te pusieron el perro cuando andabas en cacería, y aquí tenéis a tu hija, a la menor cuando te pusieron una perrita; gracias a Dios unos ancianos que vivían en esto porque los dejaban ir en canasto desde donde vivían tus cuñadas. Así que el bandido eres tú, aquí tenéis a tus hijos. Entonces vino el rey y cayó de rodillas con sus tres hijos y los abrazó pidiéndoles perdón. Y entonces les dijo:

—Vamonós y se los llevó a los tres abrazados, pero tres cuerdas antes de llegar a donde estaba aquella infeliz mujer, cayó de rodillas y se fue de rodillas y de rodillas y de rodillas, hasta que llegó con ella, con las rodillas todas peladas, pero no le importaba, aquel hombre se derramaba en lágrimas, pero no eran lágrimas, sino gotas de sangre, de ver la ingratitud que había cometido con aquella pobre mujer. Esa pobre mujer todavía abrazó a sus hijos y abrazando a sus hijos se quedó muerta. Entonces vino él y mandó a descuartizar a aquellas mujeres malditas y les dijo a ellos que se pasaran al palacio, que no tenían necesidad de estar allí. Y el pájaro era lo más preferido para el rey, lo abrazaba y lo besaba al pájaro, porque él lo había salvado todo, viendo que era el pájaro encantado.

—Y ahora qué hacemos —le dijo.

—Pues lo mismo —contestó— agarra una ramita y la pasas al palacio, y un poco de agua cristalina y tú siempre por cualquier cosa. Y así quedaron los tres hijos en el palacio con su padre nada más y la madre falleció para siempre, murieron las tres porque eran... Y allí terminó.

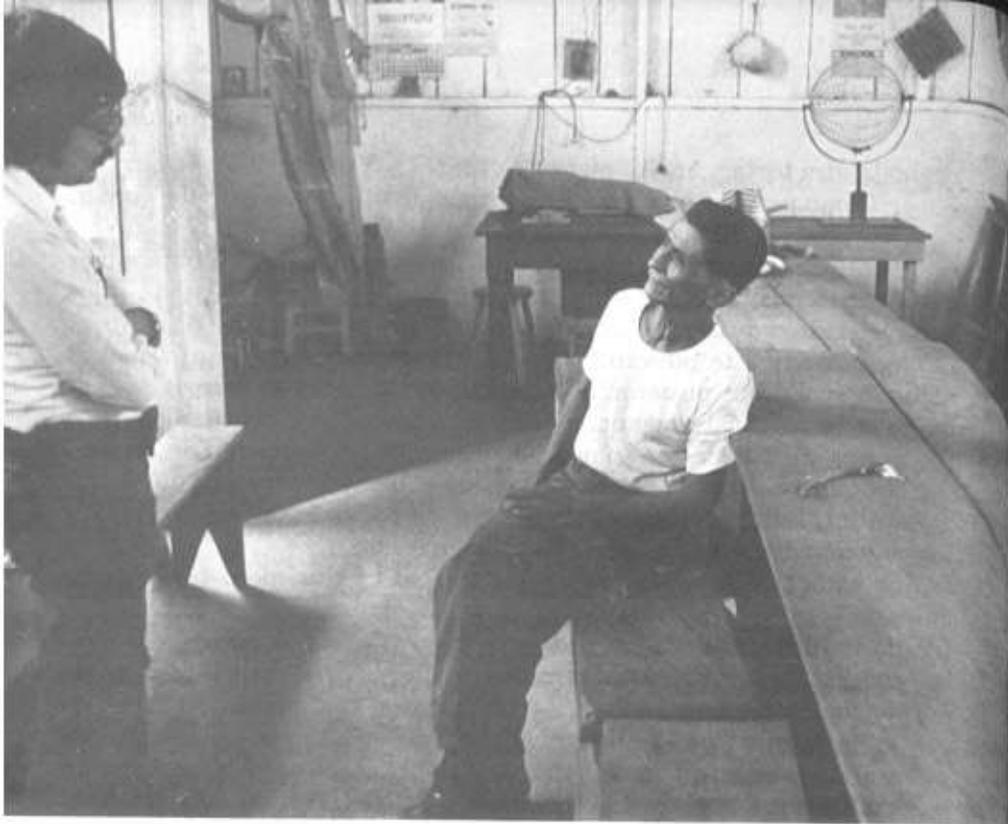
NOTA: (Este cuento lo aprendió el informante hace cerca de cincuenta años. Se lo contó don Julián Ponciano).

Datos personales de don Osbaldo Alfaro y Quezada

Don Osbaldo es originario de Santa Elena Barillas, Guatemala, y tiene aproximadamente cuatro años de vivir en Escuintla. Es hijo de Celedonio Alfaro.

Un primo suyo, don Pedro Alfaro, es presidente de la cofradía de Señora Santa Ana, y, gracias a él, don Baldo obtiene permiso para dormir en ese lugar a cambio de prestar sus servicios como guardián de la capilla de esa cofradía. Ocupa allí un espacio de casi dos metros de largo por uno de ancho, suficiente para tener su cama y algunos enseres de cocina. La construcción general de la iglesia es de madera, con bancas colocadas a lo largo, pues durante las noches de los viernes y domingos se juega bingo o lotería. Don Baldo duerme entonces en un camioncito de su propiedad, que sólo utiliza cuando alguien se lo maneja. En la adquisición de este vehículo invirtió los ahorros de toda su vida. Es una persona amable, que no vacila en poner su camioncito a las órdenes de sus amigos. Pude observar que le agrada sobremanera hablar o que le hablen de su vehículo.

Don Baldo es de apariencia muy humilde, como campesino que es. Su ocupación principal, sin embargo, es la de zapatero. También suele hacer llaveros con "tripas" de cuero, alisándolas con una horqueta. Dice que aprendió a hacerlos en el hospital de Amatitlán y las vende a 15 centavos. Por cierto no pude obtener datos acerca de sus ingresos económicos, pues evadió las respuestas.



Don Osbaldo Alfaro Quezada en la iglesia de la cofradía de Santa Ana, Escuintla.
(Fotografía: Mauro Calanchina).

El carácter de don Baldo es extrovertido. Le gusta ilustrar sus cuentos con muchos ademanes y risas, y suele emocionarse al contarlos. Muestra preferencia por las historias a las que califica de más realistas y tristes. La entonación que les da es bastante dramática. En cuanto más confianza le tiene a su interlocutor, más demuestra su "gracia" para narrar. Dice tener también predilección por las historias y cuentos sentimentales y largos, y afirma que sabe unos con más de cinco horas de duración. Don Baldo nos dice que los narra en la misma forma en que se los contaron (alaba mucho su memoria) cuando apenas tenía quince años de edad. Los aprendió de su padre y de su amigo Juan Morataya, ambos ya fallecidos.

Las entrevistas con don Baldo se realizaron en la capilla de Santa Ana, de siete de la noche en adelante, pues él trabaja durante el día: chapeando algún terreno, componiendo sus zapatos, haciendo mandados en alguna finca.

A veces presta su camioncito para el transporte de mozos, especialmente en la época de zafra.

Asegura que sus ancestros son ladinos. No fue jamás a la escuela, pero elogia su propia inteligencia. Afirma que su padre no lo puso a la escuela para hacerlo trabajar en el campo desde muy niño. Es soltero y cree tener alguna facilidad para tocar violineta y marimba metálica.

Datos personales de don Antonio Ramírez (Tío Chío)

Tío Chío vive en una tienda en el barrio de San Pedro, Escuintla. La dirección exacta de su casa no la sabe, pero sí que está situada en la 2a. avenida y 2a. calle de la zona 1. El nombre de la tienda es San José y queda junto a un camino de tierra. Aquí trabaja desde el amanecer hasta aproximadamente las 8 de la noche. Su oficio consiste en cuidar y despachar en la tienda. Cuando fui a su casa, el 27 de noviembre del presente año, pude observar que su patrona, doña María Teresa de Mazariegos P., es persona de pocos amigos. Lo trata mal —al menos mientras estuvo allí— y él parece temerle. Esta señora es nieta del coronel Julián Ponciano, a quien don Chío recuerda como un buen hombre (precisamente él le enseñó la mayoría de cuentos que sabe). Todos estos datos y el dominio que la señora de Mazariegos ejerce sobre don Chío, me hace suponer que la posición social de él es la de hijo de casa (o de dominio), como comúnmente se dice, muy a pesar de sus 74 años de edad.

Don Antonio Ramírez nació en Villanueva, Guatemala, en 1902. Luego, se radicó —desde los dos años de edad— en la ciudad de Escuintla y vivió a partir de esa época con el coronel Julián Ponciano.

No me dio ninguna respuesta concreta sobre sus ingresos económicos, pero aludió a éstos como "unos cuantos centavitos".

Su oficio era el de ladrillero, al igual que su padre. Nos refiere que su primer trabajo en este ramo fue la teja que aún se encuentra en un depósito de banano ("guineo", nos dice). Trabajó algún tiempo en Torolita, siempre en Escuintla, y afirma que jamás ha salido de este departamento.

Su familia desapareció completa. Tuvo los siguientes hermanos: Natalia, Chabela, Nayo, María y Rafaela, todos fallecidos.

A su madre no la conoció; su padre se casó varias veces. Entre sus esposas figuró doña María, a quien dice haber querido mucho. La llamaba tía María. El nombre de su padre era Rómulo, muerto a los 55 años.

Otra de sus ocupaciones nocturnas es contar chistes e historias en los velorios, aunque prefiere los primeros (tiene mucha gracia para contarlos). Considera que a la patojada de ahora ya no les gustan los cuentos sino sólo los chistes picantes. También en los velorios acostumbra practicar juegos populares, tales como El tronco de las flores y Malagana, ya casi en desuso.

Enfatiza que los cuentos los narra de la misma manera que los escuchó del coronel Ponciano hace más de cincuenta años. No les agrega nuevos datos, ni los reinterpreta. Con los chistes, en cambio, sucede lo contrario. Para los refranes —confiesa— tiene poca memoria.

Tío Chío es analfabeto. Asistió seis meses a la escuela nocturna, lo que escasamente le permite escribir su nombre. Para las cuentas no tiene mayor problema, pues en la tienda se ejercita. Intentó aprender a tocar marimba, es católico y soltero, y le gustan los niños, a quienes les cuenta chistes, adivinanzas, etc.

Su apariencia es muy humilde. Anda descalzo, mide aproximadamente un metro con cincuenta centímetros, es moreno claro, un poco huraño, aunque luego se torna bastante accesible. Se emociona al contar sus cuentos, no obstante le gustan más los chistes. Es servicial y modesto, además de alegre. La última vez que nos entrevistamos con él nos prometió contarnos por qué razón en el barrio de San Miguel de Escuintla le llaman "El Conejo".

No permitió que lo fotografiáramos, porque se sentía mal, según nos dijo. Sin embargo, gentilmente nos ofreció la fotografía de su cédula de vecindad, la cual desde luego, no aceptamos.

Comentarios sobre el material recolectado

El caminante y el fresco

Básicamente, es éste un cuento humano y humorístico. Tiene la característica típica de las narraciones de don Baldo, o sea que conlleva un ambiente campestre y elementos autóctonos. Este cuento cumple la finalidad principal del cuento folklórico, que es divertir, matar el tiempo, etc., de una manera tradicional. Me parece que originalmente pudo tratarse de un chiste, actualmente convertido en cuento. El fin es jocoso, aunque en el fondo quizá plantee una crítica al abuso de confianza. También es posible que nos recuerde que nadie es tan generoso desinteresadamente. El motivo que hallamos en este cuento es el engaño y la burla a las que incautamente se ve sometido el caminante. El lenguaje popular se hace presente aquí. Encontramos expresiones tales como *Ave María* y la *Conselliya* con que responde el niño. Rasgos autóctonos: la tinajona, el guacal.

El caminante y la comida

Es un cuento humano, humorístico y de adivinanza. Se caracteriza además por el ambiente campestre y lugareño que revela el escenario de los hechos (el campo). Adivino en su desenlace una moraleja, una crítica a las actitudes precipitadas, que no reparan en la existencia de la verdad.

Al igual que el cuento anterior, éste me parece un relato sencillo con un motivo central alrededor del cual se desarrolla, la trama de la acción. Corresponde a un tipo de narración propio de la vida campesina.

Esta clase de relatos son cortos y conllevan una finalidad bien definida (funcionalidad).

A pesar de la aparente sencillez de este cuento, considero que contiene un mensaje bien definido, encerrado dentro de un fondo humorístico: constituye una advertencia de lo que puede llegar a suceder a los incautos.

Tío venado y tío sapo

Se trata de un típico cuento de animales cuyos protagonistas, el venado y el sapo —rápido el primero y lento el segundo—, corresponden al bobo o crédulo (venado) y al astuto engañador (sapo) de otras narraciones, o —es también probable— al tío conejo y tío coyote. El trasfondo de este cuento entraña una fábula.

- GUATAL:** Durante la narración de este relato, el **cuentero** hace uso de expresiones propias del medio en que vive, tales como las siguientes: siembra de guate, o también la espiga tierna del maíz que se utiliza para forraje.
- BRAZADAS:** de brazo; medida de longitud equivalente a dos varas.
- GUAMIL:** Planta silvestre.

El motivo del cuento se reduce a la carrera del venado y el sapo. Don Baldo, el narrador, trata de imitar los sonidos propios de un sapo, sobre todo cuando exclama: ¡O, Ué, Eee, Yáaa!

Los dos hermanos

Es un cuento cuyo motivo central es la actitud tomada por el hermano bobo, que le hace obtener cuanto quiere del hermano listo. Resulta interesante por demás, la estratagema (para nosotros, tan irreal), de que se vale el hermano "asiguambado" para obtener sus fines, utilizando el cadáver de su anciana madre. Esta irrealidad, es la que me da pauta para incluir esta narración como cuento y no precisamente como historia.

A todo esto me parece bastante curioso el acento que el narrador utiliza en la forma de expresarse de los distintos personajes: a los dos hermanos en diversas ocasiones les brinda una entonación de huitecos, y al cura la mayoría de veces, de "gringo"; quizá lo anterior encierra algún tipo de relación psicosocial. No sé si debiera extenderme en lo ya expuesto, pero es importante recordar que al huiteco se le toma por bobo (por lo menos en los chistes) y al "gringo" por un extranjero de cierta importancia (en el caso presente, el cura).

La parte final del cuento es definitivamente satírica.

Los dos compadres y el perro mielero

Nos encontramos ante otro cuento con características muy similares a las anteriores. En esta narración se aprecian claramente tres episodios protagonizados por el perro mielero: el primero cuando el perro encuentra un Congo; segundo, cuando encuentra un talnete y, por último, la colmena.

El cuento es bastante corto y sin duda su función principal es entretener y divertir. A pesar de que el cuento es un relato sin localización en el tiempo y en el espacio, se sitúa en una zona determinada. Nuestro informante, don Baldo, nos dice que es en terrenos de "El Salto", Escuintla, donde abunda la miel, obtenida en Congos, talnetes y colmenas; todo esto me hace considerar que es un relato realista; su localización no es abstracta y prácticamente describe el medio y la naturaleza; se aprecia claramente en él el lenguaje popular. Por tratarse de un cuento anecdótico, humano, es posible que haya sido en algún tiempo real y que con el pasar del tiempo se nos presente ahora reelaborado como cuento folklórico, con el agregado fantástico de los latidos del perro hablando casi humanamente (con, talne y colme). Como sea, esta narración cumple los requisitos propios de un hecho folklórico: anónimo, funcional, popular, tradicional, colectivo, etc.

La historia de un señor rico (muerto)

Nuestro informante cataloga esta narración como una historia, aunque también considera puede tratarse de un cuento de encantamiento. La acción se lleva a cabo en una finca cualquiera de nuestro medio; los personajes son igualmente comunes al ambiente campesino; el motivo principal es el fantasma del señor rico; este tipo de historias es bastante popular entre los campesinos. La presente narración como la mayoría, la aprendió de Juan Morataya.

El valiente Ricardo

Este cuento lo aprendió don Antonio Ramírez hace más de treinta años. El motivo principal consiste en el revés de fortuna que tiene que sufrir el protagonista del cuento: valiente Ricardo = fatal. Como característica sobresaliente vale mencionar el motivo en el cual es una fiera la que cría al niño abandonado hasta la edad de cuatro años.

La característica de cuento novelesco y humano está representada por los motivos que conforman el éxito final del protagonista, contra el destino adverso; el desarrollo de la acción en un reino; el casamiento feliz con la princesa y, ya en calidad de príncipe, la recompensa con que retribuye las pérdidas ocurridas a sus protectores.

En este cuento se refleja la existencia de clases sociales.

Las historias: El hijo derrochador y el hijo arrepentido

Estas dos historias narradas por Tío Chío, definitivamente humanas, tienen el sentimentalismo de las historias de don Baldo. El elemento ficticio no existe en ellas; el realismo es la característica de este tipo de relatos y casi pueden considerarse como lecciones que da la vida.

Las tres costureras

Básicamente se trata de un cuento maravilloso; en él se dan las siguientes características:

1. Su localización es vaga y su ambiente es un mundo imaginario (un reino cualquiera);
2. Registra la presencia de objetos mágicos (espejo y puñales, mágicos);
3. Revela la existencia de objetos virtuosos (el Arbol del Dulce Encanto, el Agua Cristalina);
4. Alude a animales agradecidos, como el pájaro de Siete Colores, que habla; y
5. Sus acciones se repiten tres veces.

Como motivo sobresaliente cabe mencionar el cambio de los niños recién nacidos por perros, acto llevado a cabo por las dos hermanas envidiosas, y en consecuente abandono de las criaturas en un río.

La princesa

Este cuento tiene una duración aproximada de dos horas y treinta minutos; en él don Baldo revela su capacidad de narrador; afirma que lo aprendió a la edad de quince años de su padre en Santa Elena Barillas.

De todos los relatos recolectados, es éste el más complejo y por tanto el más interesante; está compuesto de varios tipos, con lo que su clasificación resulta bastante difícil. Se trata de un cuento maravilloso y, según mi criterio, contiene rasgos míticos autóctonos.

A continuación procederé a exponer el análisis de su estructura por tipos y motivos, intercalando entre éstos algunos motivos muy similares encontrados en el *Popol Vuh*, que son los que me sugieren la posibilidad de que revelen rasgos prehispánicos.

Primer motivo

- A. El negro y los pollitos de oro;
- B. Las tres acciones de la princesa para obtener los pollitos. (La entonación extranjera con la que el narrador caracteriza al negro es notable).

Segundo motivo

- A. El castigo para la princesa;
 - A1. Se la envía matar y se la sustituye por un animal. (Este motivo lo asocio a lo acontecido a Exquic, al concebir milagrosamente a los gemelos redentores. Al no poder convencer a su padre sobre lo misterioso de su descendencia, éste ordena que sacrifiquen a la joven en la horqueta de un árbol y que luego de consumado el hecho le lleven el corazón dentro de una jícara. Para este propósito utilizan un cuchillo de pedernal. También aquí la joven convence a sus verdugos para que le perdonen la vida. Es importante recordar que el hijo de la princesa de nuestro cuento, *Arranca Troncos*, resultará siendo un héroe).

Primer motivo

- A. Aparece el mono y dan comienzo las acciones para llevarse y mantener a la princesa. (Encuentro notable la descripción de los frutos que da a comer a la princesa);

- B. El hijo de la princesa y el mono. (Es necesario destacar la posible alegoría que envuelve el hecho de que el hijo de la princesa sea el producto de tres mezclas; y el vestido que proporciona el mono a la princesa);
 - B1. El viaje del mono con su hijo para obtener comida muestra una relación directa de ambos con la milpa. Resulta por demás curiosa la ensarta de elotes que en un pedazo de bejuco hace el mono.

Primer motivo: La princesa es custodiada por los tres hombres.

Primer motivo: Acciones para atrapar al hijo de la princesa.

Segundo motivo: Acciones para amansar al hijo de la princesa. (Aquí se da una clara muestra de la mezcla de caracteres primitivos —la desnudez de madre e hijo, por ejemplo—, con rasgos modernos como la ropa de lona que le compran al hijo).

Tercer motivo: La princesa se queda trabajando de costurera en un lugar seguro.

El héroe se va en busca de aventuras.

Primer motivo: El héroe de autodenomina *ARRANCA TRONCOS*.

Segundo motivo: El héroe se encuentra con un gigante cuyo nombre es *BOTA PALOS*.

Tercer motivo: El héroe se encuentra con un segundo gigante, su nombre *ANDA MUNDO*.

Cuarto motivo: El héroe se encuentra con el tercer gigante, su nombre *APLASTA CERROS*.

(¿Será posible que estos tres gigantes que luchan contra el héroe, sean los miembros que luchan contra Hunahpú? Es ilustrativo en

nombre de uno de los gigantes, **Aplasta Cerros**, que muy bien podría ser **Mueve Cerros** o **Cabracán**).

El héroe sale en busca de aventuras, los gigantes.

Primer motivo: El arribo a la casa de la hacienda (aquí se incluye un rasgo autóctono, la presencia de una ceiba, y también la posibilidad de que se dé un tipo de Blancanieves; la disposición de la casa lo sugiere).

Aparece el dueño de la hacienda.

Primer motivo: El ogro golpea al primer gigante **Bota Palos**.

Segundo motivo: El ogro golpea al segundo gigante **Anda Mundos**.

Tercer motivo: El ogro golpea al tercer gigante **Aplasta Cerros**.

Cuarto motivo: El ogro golpea a **ARRANCA TRONCOS**.

El héroe mata al ogro cuya alma estaba en un anillo de oro resplandeciente. El héroe cuece la pierna del gigante y da de comer de ella a sus compañeros.

(Las acciones anteriores no puede dejar de relacionarlas así: tornando a la lucha entre el gigante (ogro) y **Arranca Troncos**; como consecuencia de la misma **Arranca Troncos** priva de una pierna al gigante y bien cabe recordar que según el mito maya-quiché, como consecuencia de la lucha entre **Vucub-Caquix** **Hunahpú**, es este último quien pierde un brazo. O sea que la asociación de la pérdida de un miembro, está presente en la narración de este cuento. Otro motivo de asociación me parece que es la pérdida del anillo del ogro, que al tomarlo como un atributo bien podría equipararse a la pérdida de los elementos de esplendor o atributos de gran señor **Vucub-Caquix**).

No se da un tipo definidor de la bajada de la cueva. Aunque es bastante indicativo de que se trata de el inframundo.

Primer motivo: La cueva del ogro, y fracaso del primer gigante al encontrarse con un mosquetero. (El viaje de **Hunahpú** a **Xibalbá**, implica su encuentro con insectos).

Segundo motivo: Intento y fracaso del segundo gigante (culebras).

Tercer motivo: Intento y fracaso del tercer gigante, al aparecer una gran serpiente. (Los héroes gemelos pasan por varias pruebas en **Xibalbá**). También la serpiente puede ser el cancerbero guardián del averno.

El héroe llega al castillo del ogro.

Primer motivo: Las mujeres rechazan al héroe.

Segundo motivo: Las acciones del héroe para salvar a las señoritas. Los gigantes reciben a la primera señorita.

Tercer motivo: Los gigantes reciben a la segunda señorita.

Cuarto motivo: Los gigantes reciben a la tercera señorita.

Quinto motivo: Los gigantes abandonan al héroe.

El héroe devuelve la vida al ogro al retornarle la argolla de oro. (Este acto marca el inicio de una nueva etapa en la vida del héroe).

El héroe llega a la casa de una anciana.

El héroe entra a trabajar en el palacio del rey como jardinero.

HOJARASQUIN DEL MONTE.

Primer motivo: Aparece el ogro en sueños y le da sus consejos y objetos.

Segundo motivo: Destrucción del jardín del rey.

que todos tengan una simbología intrínseca; sin embargo el de *La princesa* no puede considerarse como un cuento común y corriente merced a su contenido simbólico. Los nombres del héroe, *Arranca Troncos* y *Hojarasquín del Monte*, tienen sin duda significado fuera de nuestro alcance. No considero que las asociaciones hechas entre el cuento de *La princesa* y algunos motivos míticos sean del todo valederas, pero bien puede ser que llegara a darse el caso en alguna narración aún no recogida, que sin duda se encuentra viva en la mente de algún portador folk desconocido.

BIBLIOGRAFIA CONSULTADA

- CHERTUDI, Susana. *El cuento folklórico*. Enciclopedia Literaria 1005: Teoría y Crítica. Buenos Aires. 1965.
- LARA FIGUEROA, Celso. *Leyendas y casos de la tradición oral de la ciudad de Guatemala*. Editorial Universitaria, Colección Problemas y Documentos. Guatemala, 1973.
- PINON, Roger. *El cuento folklórico*. Editorial Universitaria de Buenos Aires, EUDEBA. 1965.
- THOMPSON, Stith. "Sobre el cuento folklórico", en *Folklore Américas*. Vol. XII, No. 2, diciembre de 1952.
- URRUTIA, Ana María de. "Cuentos populares de Santa Catarina Ixtahuacán", en *Tradiciones de Guatemala*, revista del Centro de Estudios Folklóricos, No. 2, 1974.